ENCUADERNACION
CENTENARIO
J. RODRIGUEZ
PORONGOS 2492
MONTEVIDEO

BIBLIOTECA

I-1-a

ADVERTENCIA

Cuando el Dr. D. Cárlos Maria Ramirez, que nos habia ofrecido *sin centimetro* las columnas del «Plata» para la defensa de Nirvana, terminó sus *rectificaciones* á nuestros artículos, le dirigimos un telégrama *con contestacion paga* desde Buenos Aires, preguntándole si podíamos disponer de ellas por *cinco dias* mas para contestar sus destempladas rectificaciones.

La contestacion del Dr. Ramirez fué guardar el mas profundo silencio.

¿Qué hacer en presencia de este proceder poco hidalgo del adversario, y que todo prueba menos conciencia de sus fuerzas en el debate?

Sin relaciones con los otros diarios de Montevideo, y temerosos de sufrir un desaire si enviábamos nuestras contestaciones á otro órgano cualquiera de publicidad, como mas de una vez nos ha sucedido con otras producciones de nuestra pluma, (tal es la intolerancia que á este respecto reina en nuestro pais) hemos optado por su publicacion en folleto, encabezándolas con las rectificaciones del Dr. Ramirez.

Dejamos en libertad de reproducirlas á la prensa culta de aquella sociedad que desee hacerlo y honrarnos con ello.

El objeto que hemos tenido en preceder nuestras réplicas

con las rectificaciones del Dr. Ramirez, es poner de manifiesto á los lectores que sigan con interes esta polémica, la clase de armas de que ha echado mano cada adversario para hacer triunfar sus ideas y afirmaciones en el debate.

Ellos dirán cuál de los dos ha faltado á las reglas y á la cultura que debia esperarse de hombres ilustrados, que mas de una vez han ocupado la atencion pública con sus escritos para la prensa.

Ellos dirán si ha habido ó no el deber de dar ejemplo á las nuevas generaciones.

Por mi parte me someto á su imparcial é justiciero fallo.

ANGEL FLORO COSTA.

UNA POLEMICA EN LA EDAD DE PIEDRA

COLAZOS DE NIRVANA

RECTIFICACIONES A D. ANGEL FLORO

Ocupo la *seccion remitidos*, para no dar á una defensa personal los honores de la seccion edictorial. (1)

Todo lo que el autor de Nirvana diga en menoscabo de mi carácter ó de mis aptitudes, no puede ni debe preocuparme, porque seria ridículo que me empeñe en probar que no soy tan malo ni tan incapaz como supone don Angel Floro.

Solo voy á tomar en cuenta las acusaciones *concretas* que ese buen hombre me dirige, y estoy seguro de demostrarle que me ha calumniado torpemente.

---

(1) Conviene recordar al lector que el Dr. Ramirez estuvo ocupando durante ocho ó nueve dias casi toda la primer página de la seccion Editorial del «Plata», con su *Sociologia trascenaental*, crítica apasionada y virulenta contra *el autor* de Nirvana.

Entre tanto, tiene la poca hidalguia de relegar á la *seccion remitidos*, y a la 2ª pájina del diario, nuestras contestaciones.

I

Una conjuracion tenebrosa

Dice D. Angel Floro que he sido conspirador antes de 1872 y agrega: —«Díganlo sinó los manes del «infortunado General Suarez, de quien V. fué *se-*«*cretario privado* en tiempo de aquella conjuracion «tenebrosa, que tenia por objeto despojarle del man-«do del ejército, para dárselo á otro de nuestros «generales—La notoriedad de este hecho en nuestro «país, me autoriza para traérselo á la memoria.— «Ello le convencerá que V. como muchos de los de «su escuela, ven la paja en el ojo ageno, pero no «la viga en el propio.

«No quiero decirle porque me faltan las pruebas «para acusarle, que V. hubiese tenido una parte *ac-*«*tiva* y decidida en la conjuracion, pero nadie cree «que lo ignore por completo, dadas las afinidades «de los conspiradores de aquella época con su cír-«culo político y la direccion que tomaron sus cono-«cidas ambiciones.»

Que fuí secretario, no privado, sinó oficial del General Suarez en 1870, es un hecho; lo fuí en el tiempo en que otras personas de igual significacion social eran secretarios *ó ad lateres* de Aparicio que no valia mas, ni vale menos. A esos estravios conduce fatalmente la organizacion de los antiguos partidos. Ví la guerra civil de cerca; conocí á fondo á sus factores, y cuando mi partido vencia extruendosamente en el Sauce y en Cardozo, yo me separaba irrevocablemente de sus filas, proclamando la necesidad de la paz y la concordia entre mis conciudanos.

En lo que atañe á la *tenebrosa conjuracion*, delira D. Angel Floro.

Mientras estuve al lado del General Suarez, nunca hubo semejante cosa.

Por el gusto de mentir, D. Angel Floro liga con esa época un acto de insubordinacion militar que tuvo lugar en el ejército, muchos meses despues, cuando yo redactaba la *Bandera Radical*,—y habia dejado de pertenecer al partido colorado. Pero si en esos hechos, quiere D. Angel Floro buscar *atinjencias*, tendrá que atribuírmelas con los que no participaron de la insubordinacion, pues mi hemano Octavio, con el batallon que mandaba, se mantuvo fiel á la disciplina militar y contribuyó á hacer abortar el motin.

Jamas he tenido ni noticia de *conspiraciones tenebrosas*. En Noviembre de 1879, D. Angel Floro me escribió rogándome que nos *pusiéramos al habla para departir sobre cosas prácticas y trascendentales*. Se trataba ya de la conjuracion de Nirvana; no le contesté; esa, no era *tenebrosa*, sino súcia.

C. M. R.

RÉPLICA

I

Se ha empeñado mi excelente amigo el Dr. Ramirez en hacer de Nirvana una especie de mónstruo cetáceo con *cola*, al que tan pronto presta las álas jigantescas de *un indisputable talento* (1) y de una *vasta erudicion* (2), como le agujerea el *estómago* para sacarle hasta el quilo del *sentido moral* (3) con la aguda espada de un delfin.

---

(1) Véase El Plata, núm. 62, editorial «Será complacido.
(2) Id. id. id. id. id.
(3) Id. id. id id. id.

¿Hay que estrañar entonces que el monstruo se retuerza desesperadamente y haga uso de sus álas y su apéndice para defenderse de tan terrible adversario?

Pero quedará siempre el consuelo al espíritu del monstruo de no haber provocado esta lucha, sino en todo caso de haberla aceptado como una triste necesidad, en uso de la defensa propia; y haberla sostenida con toda la esquisita cultura de las nobles especies.

No me ha sido posible guardar silencio en presencia de las pretendidas rectificaciones de mi inteligente adversario.

Son ellas y no sus insultos y destemplanzas de lenguaje las que vuelven á poner la pluma en mi mano contra mi voluntad y reiterados propósitos.

Deploraré siempre que mi honorable contrincante, abandonando los brios de su humor festivo, haya empezado á perder la calma.

Bien se deja ver en sus réplicas que ya no rie.

Su noble espíritu ha empezado á conjestionarse con las auras de la cólera.

Su risa de bufo no dilata como antes sus pálidas mejillas—la ira y la rudeza del charrua (precioso caso de atavismo) empiezan ya á reemplazarla,—y las luces fosforescentes y chispeantes que amueblaban su cerebro, ceden su fulgor á las tinieblas del amor propio y del orgullo heridos en lo mas íntimo del alma —allá por las cercanias del *nudo vital* y del *cuerpo histriado*, verdadero *carrefour* como dice el gran alienista Luys, donde se cruzan y entrechocan todas las impresiones y todos los fenómenos de la sensibilidad psíquica y de la sensibilidad refleja.

La bestia empieza á invadir al hombre.

Lo presentia—porque como lo he dicho en mi penúltimo artículo, conozco el temperamento lijero, irreflexivo y absoluto de mi honorable adversario y poseo el *arqueo de su lastre científico.*

El Dr. Ramirez, D. Cárlos Maria es á no dudarlo,

un tribuno fogoso, un ardiente polemista y justamente engreido con los triunfos fáciles que adornan el campo flordeslisado de su bruñido escudo está acostumbrado como esas aves de tormenta á cernirse sobre las roncas tempestades

En sus cóleras, es el águila de semblante opilado é iracundo, de mirada de fuego, de nerviosas garras y de férreo y retorcido pico, ávida de *carne viva* y de gula de sangre.

Sus picotazos son duros, mortales—de frente no puede resistírsele—hay que tomarle los flancos y adoptar con él la táctica parsimoniosa y hábil del cuervo.

Alejandro Wilson, el gran admirador del mundo alado, nos cuenta que hay una avecilla, el *purpurino* ó *papa-moscas*, que allá en las nevadas cumbres de los Andes de la América del Norte, dá caza á la jigantesca águila negra—que la persigue, la hostiga, la cansa, la abate y no para hasta espulsarla de su canton.

Michelet que repite y comenta el hecho en su bello Idilio «El Pajaro», nos refiere tambien que aquel *héroe pequeñito* se deja caer desde las alturas con todo el peso de su cuerpo, sobre el dorso de aquel robusto salteador de los aires (el condor), cabalga con el por los espacios sin soltarle, y hasta se sirve de su pico en lugar de escuela para pegarle y manejarle á sus caprichos

Impotente para resistir de frente á mi terrible adversario, desprovisto de ese arsenal de términos destemplados é injuriantes, que á cada paso secretan las glándulas de su acerado pico, desacostumbrado al insulto y á la calumnia que lastima la honorabilidad de los hombres, respirando, no la *atmósfera de la mentira*, como él lo dice (1) sinó la de una sociedad culta, que ha sabido dar formas elevadas y artísticas al debate personal, afinando

1) VI Rectificacion—Plata núm. 65.

cada dia mas la intencion y la frase para hacer menos dolorosa la herida, me seria imposible continuar este pujilato á que me ha provocado el Dr. Ramirez, si en defecto de poder igualar mis armas con las suyas, no emplease con él la tâctica del *purpurino* con el condor y en algunos casos, las astucias del lonjevo (1) y esperimentado cuervo.

El en sus escritos bufos, lo mismo que en sus destempladas *rectificaciones*, no respira otra cosa que el mas profundo desden por su adversario.

Es propio del orgullo y la soberbia vivir siempre divorciadas de la prudencia y la modestia.

Yo en cambio, como se ha visto siempre, me haga un honor y un placer en tratar con respeto á mi adversario.

Escribo calado el guante y mojo lo menos que puedo la pluma en el acibar de la personalidad.

Acaricio menos la idea de una victoria, que la de una derrota honrosa, en la que lidiando me sea dado como el Parto, lanzar uno que otro dardo en retiradá.

Me falta la confianza en mis fuerzas, quizá por que he vivido mas que mi noble adversario y he visto mas de una vez, como el cuervo, despeñarse desde su trono de nubes, herido por una flecha furtiva, por un mísero picotazo en la nuca, y aun por el vértigo, á formidables *gipaetos* (2) que eran el terror de los aires, como los grandes polemistas, esos batalladores rampantes de los dominios del pensamiento, son el terror de las nacientes sociedades.

Por nada de este mundo emplearia la palabra *miente*, (3) para convencer de una inexactitud á mi

---

(1) Se sabe que de todas las aves, la que mas larga vida alcanza es el cuervo—vive mas de 60 años.

(2) Gipaeto—Se dá este nombre tambien al águila buitre.

(3) Todas las palabras subrayadas son empleados por el Dr. Ramirez en sus artículos y rectificaciones como vá á verse.

adversario, y mucho menos la de *miente como un condenado* ni la palabra *sucia*, para calificar un acto político, ni *arrastrarse para encajar un Banco*, para deprimir su dignidad moral, ni le haria la injusticia de atribuirle *insultos* ni *insolencias* que no hubiera preferido, ni empezaria por afirmar su completa *carencia de todo sentido moral* determinado por su *estragado estómago*, para acusarle en seguida de *sustracion de párrafos*, cuando ya tuviese en mi mano la esplicacion y la prueba de esa omision tan potestativa como inocente.

Y no haria nada de esto, menos por temor del adversario, que por respetos á mí mismo y mas que todo por los que se deben á la ilustrada cultura del público que nos escucha—juez en todo caso irrecusable del fundamento de esas brutales acusaciones, como de la razon y oportunidad de ese menosprecio.

Como decia á un amigo de esa, no hace muchos dias en carta privada—Presumo tanto en cuanto á formas cultas de estilo, como un romano de los últimos tiempos de la república, de la elegancia melodiosa de su oratoria, á tal punto que desearia como Graco cuando arengaba, tener á mi lado un tocador de flauta, para que me advirtiese cuando salia de mi modesta péñola, una frase rústica, impura ó descompuesta, que agraviase la dignidad moral ó el honor de mi adversario.

Felizmente á la altura que ya alcanza este debate, creo que todo el mundo habrá podido apreciar la sinrazon y la falta de fundamento de que adolecen las acusaciones del Dr. Ramirez,—que si á alguien cuadran es al que ha tenido necesidad de esas armas para emplearlas contra la razon y la lógica de su adversario.

JUPITER, TU TE FACHES—TU A TORT, JUPITER.

Pero entremos á sus rectificaciones que ya es tiempo.

II

La conjuracion tenebrosa

Dice V. que *yo deliro á este respecto;* pero su palabra, caro amigo, no vale mucho mas que la mia para decidir este pleito.

V. vá siendo viejo ya en el aficio de los Trebonianos, Baldos y Bartolos, y por consiguiente sabe bien lo que vale el testimonio *de la parte en causa propia.*

Será muy cierto lo que vd. afirma; pero con ello no ha logrado vd. desvanecer por completo las presunciones vehementes, con que en aquellos tiempos comentó la voz pública, su romancesca separacion del ejército, y sus repugnancias *póstumas* á la sangre fatricida

Notorio es que nuestro partido entonces, como lo ha estado despues, estaba dividido en dos fracciones —la llamada *principista*, cuyo núcleo y nervio se atribuye á lo que allí se llamaba entonces los hombres del «Siglo», de la que era vd. una de las figuras prominentes—y la fraccion *neta*, á que alguien ha dado el mote impropio é infamante de *cantombe.*

En aquella época, los insubordinados á cuya cabeza estaba el «Coronel Latorre», pertenecian ó tenian atingencias con la fraccion del «Siglo», que contrariaba la política del Gobierno, y que no siempre por lo mismo debia estar de acuerdo con la del general en gefe del ejército, de quien era vd. *secretario oficial* ó privado, que para el caso es lo mismo.

Ya en estos tiempos *estomacales*, prosaicos y positivos en que vivimos, mi querido D. Cárlos Maria, pocos tienen el candor de creer en homilias románticas—asi que, cuando en la historia, se dá el noble ejemplo de salir de las filas de un ejército victorioso, un *secretario* espectable, sentimentalizado por el espectáculo sangriento de la guerra, para convertirse

en Cárlos Borromeo de la paz y la concordia, en medio de graves agitaciones y presajios siniestros, todo el mundo se dá á cismar con estas conversiones rápidas, miraculosas, y no es estraño que allá entre los chicharrones del cerebro, algunos de nuestros conciudadanos hayan albergado la idea de atribuir á vd. responsabilidades y atinjencias, que por lo que nos dice, y yo creo, han estado bien lejos de sus virtudes cívicas.

Es fatal y tremenda caro amigo, para las grandes almas, esa lójica brutal y maligna del vulgo, tan retardataria para absolver como fácil y lijera para acriminar.

Pero que quiere! Hay que resignarse á este prurito de maledicencia, de que vd. mismo no ha estado libre en mi caso, y que á nadie alcanza en mayor grado que á los hombres que como vd., ejercen y han ejercido esa influencia deslumbrante y avasalladora que da la austeridad y la consecuencia.

El pueblo es como el Angel caido—soporta de mal grado, se revuelca y brama cuando un arcanjel pone el pié en su dorso y le amenaza con su espada flamíjera.

Los hombres superiores son y han sido en todo tiempo los arcánjeles de las sociedades en que han aparecido.

La historia se encarga como siempre de vengar su memoria, y á este respecto debe vd. consolarse, que ella vengará la suya, y le hará la justicia que hoy por retorsion legítima le niegan sus contemporáneos.

Dejemos, pues, á la historia que aclare el punto y absuelva á vd. *de la instancia*, ya que vd. no se ha dignado aducir otras pruebas en el debate, que las de su respetable, pero en este caso, tachable testimonio.

En Noviembre de 1879, dice vd. que yo le escribí *rogandole que nos pusiéramos al habla, para departir sobre cosas prácticas y trascendentales.—Se tra-*

taba ya de la conjuracion de Nirvana—no le contesté: esa no era tenebrosa, sino SUCIA.

Cierto es el hecho—le escribí, y creo le decia eso al final de mi carta—como creo que lo es que vd. no tuvo la fineza de contestarme, temiendo sin duda del mal uso que en los tiempos de D. Lorenzo pudiera yo hacer de su epístola.

Pero no es cierta la interpretacion que dá vd. á mi carta *confidencial*, pues, como se desprende de su testo, el que puede vd. poner á la vista del que quiera leerla—el principal objetivo de ella, era cambiar con vd., ideas sobre política trascendental, con ocasion de mi opúsculo—la Patria Chica y la Patria Grande—que le incluia.

Buscaba en vd. la espansion de un espíritu inteligente y nada mas.

Sin duda, y no pretendo negarlo, que habria entrado con vd tambien en apreciaciones sobre la política de entonces, si vd me daba obertura para ello.

La palabra *prácticas*, podia referirse á eso; la *trascendentales*, perfectamente inocente y especulativa, era ajena á aquel propósito—tanto mas, cuanto que como ya he esplicado en mi libro, yo en esa época, hacia apenas unos cuantos dias que habia entrado en relacion con Varela (p. 11 de Nirvana).

Ni yo, pues, le dí pié, ni estaba vd en condiciones de hacer calificativos desdorosos sobre hechos que no existian.

Nunca he dudado de que es grande su prevision y perspicacia en punto á política, pero creo y está á la vista, que en este caso fué mayor su prudencia.

Hizo vd bien en darme á entender con su cauteloso silencio, que sus antecedentes de fervoroso revolucionario del año 75, no me autorizaban á creerle dispuesto á tomar parte en una revolucion descabellada contra el nefando tirano de su patria, comprometiendo su brillante posicion y los deberes de la valiosa curatela con que es notorio le agració la fortuna, bajo el consulado de aquel sangriento regnícola.

Dos *locuras* como esa, no se repiten en la vida histórica de un ciudadano ilustre, que al fin no tiene porque desdeñar las delicias de Túsculo, ni los jardines de Hortensio.

Se puede filosofar y ser estoico, como Séneca, bajo Neron mismo.

Pudo solo una cabeza ilójica, delirante y enfermiza como la mia, creer en auras revolucionarias y en la congoja y sufrimiento de los pueblos en aquella época.

Pudo solo un necio como yo, con la *cabeza llena de pájaros*, creer en la sorda indignacion de los tribunos y en la solidaridad real de los principios conculcados en todas las épocas—olvidando que cada uno habla de la feria como le va en ella—y que es ó no revolucionario y vengador de los principios, segun soplan prósperos ó adversos los vientos.

Los que habian vivido en el pais mas largos años que yo y conocian al pormenor los secretos de esa época, que en su mayor parte yo ignoraba, eran sin duda los que estaban en el caso de saber apreciar mejor *las oportunidades*.

Las apreciaron con tanta circunspeccion y tino, que jamas dieron al tirano el menor pretesto para dudar de su curacion completa de achaques revolucionarios.

Hoy abren contra él desde su prensa las cataratas del Cielo y los senos del abismo—hoy han vuelto á recuperar sus pristinos brios cívicos—pero entonces, bajo el peligro, hay que convenir que supieron denodadamente soportar la asfixia hasta del pensamiento, por no contaminarse ni siquiera con la hipótesis ideal de las conjuraciones *sucias*.

¿Mi noble amigo encuentra mas limpio jugar á los gallos y á las carreras con los parejeros del tirano y complacer sus brutales concupiscencias redactándole, entre otras leyes, la de registro civil (1), que

(1) Fué un *leader* del partido principista quien redactó la ley.

se negaron á redactarle los conjurados *sucios* (1) en aquella época, arrostrando su desagrado y sus iras; que aceptar noble y dignamente su reto, defenderse en un panfleto de sus torpes calumnias y devolverle por retorsion legítima la afrenta de un proceso?

¿Encuentra mas mérito en la abstencion cómoda y en el cobarde mutismo, que en hacer algunos sacrificios pecuniarios, para darlos al que bien ó mal con elementos ó sin ellos, intentaba trabajar por la libertad de los pueblos?

Si tal es su brillante lógica, permítame que le diga que no es la mia—y que en la duda, yo respetaria hasta el error bien intencionado de los que en medio del incendio quisieran arriesgar algo para tenderme la mano.

Tenebrosa—así tenia que ser en parte una conjuracion ó revolucion contra el tirano.

Fácil era emprender conjuraciones de otra clase contra el gobierno incoacto de Varela, con la marsellesa en los lábios, la celeste carmañola y la mochila bien provista con los regalos que mandaban las mamás de la otra orilla,—¿pero emprenderlas contra Latorre?

Antes que la *marsellesa*, era preciso entonar el *de profundis*.

Y eran muchos, mi querido Cárlos, los que estaban dispuestos á entonarlo en aquella época?

Lo que la historia dice á este respecto, es que Latorre puso en calma el cortijo, devolvió á los hijos curados de aventuras revolucionarias á las angustiadas madres,—utilizó el talento de los codificadores,—respetó la abstencion de los justos,—repartió turrones y trancazos, agujereó pellejos y cuando á su suspicaz oido llegaban las voces mortecinas y apagadas de algunos contumaces y descontentos, repetía como Augusto:

---

(1) Véanse las pruebas en mi folleto «Panfletos y Puñales».

Dejémosles decir—con tal que me dejen obrar.

Y los Amadis, los Belianis, los Gayferos y Roldanes de otras épocas, le dejaron hacer cuanto quiso y asistieron impasibles á la muerte de todas las libertades.

Y los mismos que ni el roce de las sábanas podian soportar, cuando gobernaba él *anfitrion* Varela, marchitos y mohinos, encontraron bien pronto un decoroso *modus vivendi*, bajo el mas torpe, feroz, conculcador y sanguinario de todos cuantos gobiernos ha tenido la República y de cuantos tiranos ha tenido la América.

Ahi tiene V., mi jóven amigo, esplicado el sentido *anfibológico* de mi carta y la significacion *esotérica* de su silencio.

Mañana hablaré de su mision al Brasil.

Salud y bendicion apostólica le desea su affmo compatriota y amigo.

A. F. C.

Buenos Aires, 1880.

II

La mision al Brasil

Refiere D. Angel Floro que despues de haber dirijido una *catilinaria privada al Presidente Elauri*, acepté *arrepentido y contrito una mision al Brasil, que aquel me daba para calmar mi demagoga inquietud.*

Una *catilinaria privada*, que jamás he publicado, y que solo ha leido la persona que la vió escribir, no puede tomarse como elemento determinante de la actitud de un ciudadano—Puesto que se trata de un acto *privado*, es evidente que no se trata de un acto *político*.—La primera cualidad que deben tener ó procurar tener los que hacen vida pública, es el desprendimiento de toda prevencion personal en los negocios de Estado.

Hay calumnia notoria en decir que se me ofreció la mision para calmar mi *demagoga inquietud*.—Nunca he sido demagogo—La sangre que corre por mis venas no es de pato; pero jamás he amado la violencia y el desórden.—Desde los 17 á 18 años mis amigos, como Julio Herrera, José Pedro Varela y otros, me llamaban *el peluconcito*.

Cuando el doctor Perez Gomar me sorprendió con el empeño de la mision al Brasil, yo redactaba *La Revista Mercantil*, en compañia del inolvidable

Lavandeira, y ese diario sostenía decididamente la necesidad de rodear y prestigiar al Dr. Ellauri.— Bien ó mal elegido, era la garantia del pais contra el candombe, y el candombe ha sido siempre mi *bête noire*.

La Revista encaraba así la cuestion y combatía á los opositores del Gobierno. Así pues, el Presidente Ellauri, en vez de alejar á un *demagogo inquieto*, inutilizó á un periodista que era defensor de su gobierno.

Es calumnioso que yo necesitase *arrepentirme* y hacer *acto de contricion* para aceptar la mision al Brasil. Podré tener mis opiniones sobre la conducta del doctor Ellauri en la eleccion de Marzo, pero yo habia reconocido y no podia dejar de reconocer la legalidad de su eleccion; yo me encontraba ya en la prensa defendiendo el órden de cosas existente, apesar de mis resentimientos personales, de que prescindo siempre en mis juicios y trabajos políticos.

El doctor Perez Gomar está en Buenos Aires.— Pregúntele don Angel Floro si cuando yo escribia en el sentido indicado *La Revista Mercantil*, podia soñar que me iba á ofrecer una mision.—Fué grande mi sorpresa cuando el ofrecimiento se me hizo en nombre del Presidente Ellauri—Podia yo decir: están cortadas nuestras relaciones personales y no debo recibir nada de sus manos?

No sea Vd. ridículo don Angel Floro!

Y oiga otra cosita mas:—Un deber de cortesia ineludible me obligaba á saludar al Presidente ántes de partir al Brasil. No lo cumplí porqué quedó desde un principio sobre entendido que *l' entente* política era agena á las relaciones personales.— En 1875, volví del Brasil. El Dr. Ellauri era un proscripto. Así que llegué á Buenos Aires, fuí á visitarlo, nuestras relaciones personales se han reanudado en la desgracia. ¿Será que espero otra mision?

RÉPLICA

II

No estrañe mi querido amigo, que por uno de esos fenómenos de adaptacion, que nos son tan familiales, y que Darwin se ha encargado de revelar á la ciencia, vaya cediendo á las seducciones de su estilo y me dirija á Vd. mas campechanamente que lo de costumbre, suprimiendo por elipsis su título y su apellido, como Vd. suele hacerlo con el mío.

Eso de *Don Cárlos María*, me vá sonando bien como á Vd. debe sonarle lo de *Don Angel Floro*.

De vez en cuando, le pondré *mi Señor Don* y le retiraré el *María*, como suele hacer el festivo Albistur, que tiene en el pais marca registrada de estos *jinojos*, como que á decir verdad es el *tagarino* mas chusco y humorista de cuantos han pisado tierra de Berbería entre nosotros.

Pues bien, *mi Señor Don Cárlos*, empezaré por su *catilinaria privada* al Presidente Ellauri.

No niega V. el hecho, pero arguye en su defensa que *puesto que se trata de un acto* PRIVADO, *es evidente que no se trata de un acto* PÚBLICO, *por lo cual no puede tomarse como elemento determinante de la conducta de un ciudadano.*

Segun y conforme, mi noble amigo.

Ni V. era un simple ciudadano en aquella época, ni lo era tampoco el Dr. Ellauri

V. era un agitador titánico, un ardiente publicista, un prohombre de partido y el Dr. Ellauri habia sido elevado por el voto libre de sus conciudadanos á la primera magistratura de la República.

Era, pues, en primer lugar, al Presidente de la República, y no al simple ciudadano, á quien Vd. se dirijia.

El candidato de sus simpatias en aquella eleccion,

que lo era su señor padre político, segun entiendo habia sido vencido por la mayoria de las Cámaras que dió sus votos al Dr. Ellauri.

Vd. contempló el hecho como un acto de traicion á sus esperanzas de familia,—y no obstante haber renunciado el Dr Ellauri, probando asi que no tenia grandes ambiciones,—y no haberle sido aceptada su renuncia por las Cámaras, le pareció á vd. que no debia dejar pasar sin una severa reprimenda (siempre es vd. el hombrecito de las reprimendas), tan grave desacato á la honestidad de los vínculos políticos, que con razon ó sin ella, suponia vd. ligaban al Dr. Ellauri con su partido.

Se propuso vd. hacerle sentir tanto como su dolor, su enojo. Quizá no fué vd. sino el éco de sí mismo, pero no por eso su palabra debia ser menos estentorea y terrible.

Gran ruido por lo mismo hizo la filípica en aquellos tiempos,—todo el mundo conoció el suceso y lo comentó de mil maneras.

Hasta aqui mismo, en álas de las frescas brisas del Plata, llegaron sus ondulaciones sonoras.

Hé aquí, pues, porque lo que en cualesquiera otras circunstancias, no pasaria de ser un acto PRIVADO de primo á primo; revistió proporciones de un acto POLITICO, de ciudadano á Presidente, de publicista á gobernante, que ha podido bien ser recojido por la crónica y pasar á la historia.

Esto en cuanto á lo de si es ó no acto *político*, como prolegómeno de su mision al Brasil.

Dice vd en seguida *que hay calumnia en decir que se le ofreció la mision para calmar su* DEMAGOGA INQUIETUD.

Pero vd. con la habilidad notoria que le caracteriza como polemista táctico, se encarga de hacernos revelaciones curiosas, para probar que no se le ha calumniado.

Redactaba vd. la «Revista Mercantil» en compañia de Labandeira, nos dice, y ese diario SOSTENIA DE-

CIDIDAMENTE LA NECESIDAD de *rodear y prestigiar al Gobierno del Dr. Ellauri.*

Ahí tiene, pues, la prueba por confesion propia de todas mis imputaciones que vd. llama calumnias.

Ahí tiene á Camilo Desmoulins como Vandick, pintado por sí mismo.

Ahí tiene vd. al demagogo estereotipado.

Ahí tiene vd. probado lo que dije en mis artículos que *una lijereza impúber, una irrefleccion constante ha constituido siempre el fondo de su caracter engreido y voluntarioso.*

A *los pocos dias* no mas de apostrofar duramente en una carta *política* al Presidente Ellauri, que acaso solo en consideracion á sus pocos años y á los vínculos sagrados de familia, pudo tolerar tal desacato en silencio,—sube Vd. á la prensa á defender *decididamente* su gobierno, como una *necesidad*, como un antemural contra su *bête moire*, el candombe. Se apercibió de que había sido injusto y lijero con el primo, y desde entónces le dispensó la gracia de no ultimarle por la prensa.

Es esta versatilidad de opiniones acariciadas con igual calor é intransigencia, es esta inquieta vehemencia de un carácter dominante, antojadizo y absoluto, lo que en el fondo caracteriza al demagogo que pretende siempre hacer de los hombres y de los sucesos, instrumentos pasibles de sus ideas, castigándolas con sus furores, cuando una voluntad superior á la lógica de los sucesos deja burlados sus cálculos y esperanzas.

El Presidente Ellauri y su ministro entónces el Dr. Perez Gomar, hombres ilustrados, reflexivos y maduros, hicieron perfectamente bien pues, apesar del incidente de la carta, en llamarle para confiarle una mision.

Acababa Vd. de dar pruebas de *arrepentimiento* y de adhesion á su gobierno en la «Revista Mercantil»—y si bien era cierto que al confiarsela *inutilizaban á un periodista* DEFENSOR DE SU GOBIERNO NO

lo es menos que conociendo sus terribles veleidades, convenía comprometerlo, á aceptar una posicion en él, que á la vez que diese empleo á su talento, imprimiese una direccion pacífica e inofensiva á sus ambiciones.

Hubo tacto político, hubo jenerosidad y altura en ofrecérsela.

En cuanto á vd. acaba de decirnos que sus amigos D. Julio Herrera, D. José Pedro Varela y otros, le llamaban desde los 17 á 18 años el *Peluconcito*, y con esto está dicho todo.

Fué grande mi sorpresa, dice vd., *cuando el ofrecimiento se me hizo en nombre del Dr. Ellauri.—¿Podria yo decir están cortadas nuestras relaciones personales y no debo recibir nada de sus manos?*

No sea vd. ridículo D. Angel Floro.

No señor, qué he de ser ridículo?

Cuando le digo que con saber lo que ahora vd. nos revela, que era vd. un *peluconcito*, está dicho y saneado todo.

¿Podia un *peluconcito* clasificado y patentado como vd. rechazar con desprendimiento esas tentadoras ofertas, cuando si bien habia de por medio *resentimientos personales*, habia en cambio la atrayente perspectiva de una posicion brillante en una Córte, de un sueldo opíparo y de un viático fastuoso?

Vamos! Seria un disparate que probaria que los *peluconcitos* no tienen *estómago ni sentido moral*, lo que es absurdo.

Y oiga vd. otra cosita mas, continua vd.—*Un deber* de CORTESIA INELUDIBLE *me obligaba á saludar al Presidente, antes de partir para el Brasil*—NO LO CUMPLI PORQUE QUEDÓ DESDE UN PRINCIPIO SOBREENTENDIDO QUE L'ENTENTE *política era agena á las relaciones personales.*

Ah! ¿Con que quedó tácitamente estipulado que vd aceptaba la mision, el viático y el sueldo, con relevacion de sus deberes *ineludibles* de cortesia y buena crianza?

Aqui ya el silforama se complica y tras la vaga silueta del *peluconcito*, empieza á dibujarse el prognatismo del jóven *charrua*.

Le felicito por la franqueza con que nos abre vd. su corazon y nos descubre las prendas morales é insinuantes de su caracter.

En esta parte del artículo, nadie dirá, pues, que le he calumniado, cuando todavia me he quedado tan atras de sus preciosas confesiones.

Ellas afirman el crédito de mi modesto pincel.

III

Mis cumplimientos al Dictador Latorre.

Bien sabe Don Floro que miente cuando afirma *que fuí de los primeros en cumplimentar á Latorre, cuando lo eligieron Dictador.*—El hecho que sirve de pretesto á esa calumnia ha sido muy recientemente esplicado por el Dr. Sienra y Carranza en diarios que don Angel tiene hábito de leer.

Cedemos la palabra á nuestro amigo, añadiendo únicamente que los ciudadanos designados para ver al Coronel Lotorre fueron el Dr. D. Leoncio Correa, D. Remigio Castellanos, el Dr. Sienra Carranza y yo:

Señor Director de *La Razon.*

Estimado amigo:

Una enfermedad que me ha tenido sin leer diarios ha obstado á que me impusiese en oportunidad de la polémica que con usted ha sostenido últimamente el señor don Alfredo de Herrera.

Observo hoy que en el número correspondiente al miércoles de la semana pasada, aquel distinguido amigo afirma que el doctor D. Cárlos M. Rami-

rez y yo ofrecimos en alguna ocasion nuestros servicios y los de nuestros correlegionarios al Coronel Latorre.

Este aserto es demasiado grave para que quede sin rectificacion.

Por eso, aunqne sea tardía, quiero hacerla.

Jamás he hecho semejante ofrecimiento, y creo poder asegurar que tampoco lo ha hecho el doctor Ramirez.

Mi apreciado amigo el señor Herrera ha sido probablemente inducido al error de que me ocupo, por un suceso que no tuvo el significado que él atribuye.

Ese suceso fué en su tiempo explotado por los aduladores del que entónces se llamaba Gobernador Provisional.

Aquellos palaciegos dijeron en sus diarios que el 10 de Marzo habia ido una comision de nuestros amigos á ofrecerse al Coronel Latorre y preguntarle si habia pensado contar con ellos para el desempeño de su Gobierno.

La Democracia quiso entónces tomar nota de todas las vulgaridades que el espíritu de adulacion sugería contra los hombres de carácter independiente.

Refiriéndose á esto, decía aquel diario en su número del 6 de Abril de 1876:

«Así, en la situacion actual, nuestros amigos políticos preocupados con la magnitud de los sucesos que se desarrollaban el 10 de Marzo, se reunen para cambiar ideas, para uniformar opiniones sobre esos mismos sucesos para comunicarse sus respectivas impresiones, para decirse recíprocamente si los ánimos de los ciudadanos debian abrirse á las gratas esperanzas del mejoramiento de nuestro estado social y político; ó si continuaria la República amarrada al carro de sus desgracias. En medio de las vacilaciones de espíritu, ante sucesos escepcionales, se conviene en que para salir de ellas vayan

03484

tres de los presentes á la casa del coronel Latorre *deus ex machina* de aquellos acontecimientos á saber de su propia boca si estos tienen el carácter elevado que *El Nacional*, su órgano en la prensa, el doctor Querencio y el doctor Vazquez han anunciado en la reunion de este último; y vuelven sin haber encontrado á aquel señor.

«Esta natural agitacion, este sentimiento irreprochable de ciudadanos austeros, que se preocupan «de lo que se vá á hacer de la patria en momentos «en que se producen hechos cuyo carácter ignoran «pero que sin duda, influirán poderosamente en sus «destinos, esa actividad, que no puede reprimirse «porque el interés de la patria está por medio, y «que sin embargo no debe tampoco precipitarse en «la sancion inconsciente de lo que vá á hacerse, «porque se ignora su verdadero significado, esa im«paciencia honrosa que lleva á adversarios de ayer «á reclamar del mismo adversario la esplicacion «de lo que se produce bajo sus auspicios en el de«seo de recibir la nueva favorable para el pais, to«do eso que enaltece á aquellos ciudadanos, es el «objeto de una sátira insul-a en que un escritor «adocenado, despues de reirse de *aquellas gentes «que iban á preguntar al coronel Latorre* SI HABIA «PENSADO CONTAR CON ELLAS, concluye opinando que «*tales ambiciones merecen que se les dé siempre con «la puerta en los hocicos, que esos nenes tienen que «dar mucho trabajo.*»

Hay sin duda gran distancia desde la diatriba del diario Latorrista hasta la afirmacion sincera del señor Herrera.

Pero en el fondo todo depende de un error comun.

Los ciudadanos que se reunieron el 10 de Marzo en la imprenta de *La Democracia* no pensaron siquiera en ofrecer sus servicios al Coronel Latorre.

Les era agradable el derrocamiento del Gobierno de Varela que hasta aquel dia habia sido la mayor ignominia que hubiese sufrido nuestro país.

LEGISLATIVO BIBLIOTECA

Pero, como lo dijo *La Democracia* en las palabras que dejo transcritas, *no debian precipitarse en la sancion inconsciente de lo que iba á hacerse, por que ignoraban su verdadero significado.*

Don Pedro Varela habia sido arrojado de la casa de Gobierno;—Era esto lo único que constaba.

No se conocia claramente el pensamiento del Coronel Latorre,—su intencion, sus propósitos.

Latorre no se habia declarado Gobierno.

Tres de los ciudadanos indicados recibieron de sus amigos el encargo de acercarse á aquel revolucionario é inquerir de él lo que se ignoraba y lo que interesaba á la suerte del país, y aun la actitud que debia asumir el pueblo.

Esta mision quedó sin efecto por que no encontraron á Latorre,—probablemente por que él no quiso que le encontrasen,—por que no le convenia oir una palabra pronunciada por hombres de carácter independiente, que seguramente no irian á ofrecerle á él sus servicios sinó acaso á decirle con el severo lenguaje de la verdad las exigencias del interés de la patria.

Una hora despues el coronel Latorre habia resuelto la situacion, asumiendo el papel anómalo de Gobernador del Estado, constituyéndose en gefe arbitrario de la Nacion, conforme á las estrechas miras de su ambicion personal y las vulgares inspiraciones de sus aduladores.

Cumplido así el deber de rectificar una version desnaturalizada por comentarios inexactos, no dejaré la pluma sin agradecer á mi estimado amigo el señor Herrera los benévolos conceptos con que inmerecidamente me ha favorecido al referirse á mi persona.

Soy de usted señor Director,

affmo. amigo.

J. Sienra y Carranza.

Agosto 8 de 1880.

Ahí tiene D. Angel Floro lo que sucedió el 10 de Marzo. Bien lo sabe él, y á sabiendas falsea la verdad.

He preferido comer tierra antes que inclinarme ante la dictadura de Latorre; y eso que no he sido ni soy de los que censuran acremente á quienes aceptaron puestos no políticos en aquella época. Cuando D. Angel Floro se arrastraba para encajarnos su Banco Nacional, á mi se me ofrecía con instancia el puesto de Inspector Nacional de Instruccion Pública.

¿Qué mas ambicionar?

Mis cumplimientos á Latorre fueron rechazar *in-limine* el alto honor que me dispensaba.

C. M. Ramirez.

RÉPLICA

III

Bien sabe D. Angel Floro que MIENTE cuando afirma *que fuí de los primeros* en cumplimentar á Latorre etc., etc.

Asi comienza el bello y delicado párrafo de la tercera rectificacion de nuestro jóven amigo.

Desde sus *coloquios al traves del mar* (1) hasta la fecha, noto con agrado que ha hecho estraordinarios progresos literarios su delicada pluma.

Su *pico* como siempre, acerado y rajante—esto ya se sabe—es apanaje de secta.—*Jupiter tu te fâche—tu a tort Jupiter!*

Pero por esta vez tambien, mi querido amigo, el machucho cuervo sabrá esquivar sus picotazos y arrancar algunas plumas á sus alas.

---

(1) Cartas que me dirijió desde el Janeiro el Dr. Ramirez y que se publicaron en el «Siglo» en aquella época.

No niega vd. que se acercó al Dictador Latorre en los primeros momentos de su exhaltacion al Gobierno. antes por el contrario confiesa paladinamente el hecho, pero agrega que fué á verle *desempeñando una comision del pueblo*, en compañia de los distinguidos ciudadanos Dres. Sienra y Carranza, Leoncio Correa y R. Castellanos.

No niega tampoco. ni podia negar que este hecho tuvo lugar *despues de haber sido revolucionario* contra Varela y Latorre; de escribir con tinta roja el 10 de Enero, y despues de haber estado dispuesto á aceptar la mision *estraordinaria* á la Córte de Braganzo, representando el comité de la Reaccion Nacional. (1) la cual fracasó segun Vd. por el resultado adverso que tuvieron las fuerzas revolucionarias con las de Latorre.

Luego es cierto, pues, cuanto yo he afirmado en mi artículo, como precedentes *de su visita* al Dictador—quedando únicamente en tela de controversia el objeto de ella, esto es, si fué vd. ó no realmente á *complimentarle* ó á otra cosa.

Segun vd. esto es una calumnia, y para levantarla invoca vd. el testimonio del Dr. Sienra y Carranza, en un artículo ó carta con lo que este ciudadano rectificó una imputacion idéntica, que le hizo en un tiempo «El Nacional», y mas tarde el ciudadano D. Alfredo Herrera.

El resúmen de lo testimoniado por el Dr. Sienra y Carranza en ese escrito, es lo siguiente—copio sus palabras:

«Tres de los ciudadanos indicados (parece que no eran cuatro—¿quién fué el intruso?) recibieron de sus amigos el encargo de acercarse á aquel *revolucionario é inquirir de él lo que se ignoraba* y lo que interesaba á la suerte del pais y aun á la actitud que debia *asumir* EL PUEBLO. Esta mision quedó sin efecto porque no se encontró al Coronel

---

[1] Véase la rectificacion 4ª que está mas adelante.

Latorre—probablemente porque él no quiso que le encontraran.»

Pues bien, mi querido amigo, si esa rectificacion ha satisfecho al redactor del «Nacional» y al ciudadano Herrera, á mi no me satisface—y no me satisface, no porque dude en cualquier otro asunto ajeno á la política de la probidad y perfecta honorabilidad de mi exelente amigo el Dr. Sienra y Caranza, sino porque, prescindiendo del interes y la pasion de partido que puede haber de por medio no es posible aceptar el testimonio *de la parte misma* para decidir el pleito.

Por confesion de vd. mismo, mi querido Cárlos, el Dr. Sienra y Carranza fué su colega de embajada, junto con el Dr. Correa y el Dr. Castellanos.

Los cuatro formaban, pues, una sola entidad moral en representacion del partido ó fraccion política que asegura vd. les habia encargado ese cometido.

Si bien, pues, el testimonio de vds. puede tener un valor irrecusable para *sus comitentes*, carece de todo valor legal con relacion al público, y con mucha mayor razon respecto de sus adversarios políticos, en cuyo caso me encuentro.

Es como su *propio testimonio,* mi querido amigo cuyo valor moral depende de la fé que su palabra infunda al adversario—acerca de lo cual debe declararse con toda franqueza, que habiéndome encontrado yo en un caso análogo al suyo, con relacion al Dictador Latorre, y no habiendo merecido mi probidad y mi palabra ningun crédito de vd. ni de su orgullosa fraccion política, que no se ha detenido ante las mas menguadas calumnias, me hallo en el caso de no atribuir ninguno á la suya, ni á la de sus demas correligionarios.

Puede vd., pues, enfundar su testimonio y el de su *alterego* en este incidente, Dr. Sienra y Carranza, pues, de nada valen para desautorizar mi aserto.

Son vds. *parte* y no pueden deponer en *causa propia*,—y si alguna vez pretenden que se dé cré-

dito en política á la honorabilidad de su palabra, es menester que empiecen á hacerse el hábito de respetar la palabra de los demás hombres, abandonando el feo vicio de calumniar gratuitamente sus móviles, en nombre de un feroz orgullo y de una libidinosa intransigencia.

Yo no hubiera entrado jamás, mi querido amigo en el terreno de estas estériles recriminaciones retrospectivas.—Pero V. y la prensa virulenta de toda su fraccion política, me han hecho un crímen y me han llenado de insultos por haberme aproximado al Dictador Latorre, *llamado varias veces* por su ministro Montero, mi amigo personal desde la infancia (1), y cuando no mediaban entre él y yo los abismos políticos que entre él y vds.

¿Puedo yo entonces dejar de enrostrar á Vd. el eximio puritano, el mismo *crimen político*, si lo hay en aproximarse en cualquier momento, para cambiar ideas con los adversarios de la víspera?

Chocado por su intransigencia, he querido probarle que era V. reo, y *con circunstancias agravantes*, del error ó falta que me imputaba—que veía, segun dije en mi artículo, *siempre la paja en el ojo ajeno y jamás la viga en el suyo* ó en los de su alada fraccion política.

Castigo su intransigencia y su orgullo, con represalias oportunas—la retorsion es arma legítima en la guerra.

Pero dirá V. si yo no he probado con el tachado testimonio que invoco—que no fuí *á cumplimentar* al Dictador Latorre, ni á desempeñar una mision política *á nombre del pueblo*—tampoco el Dr. Costa, á quien incumbía la prueba, ha probado su aserto.

Respondo, en prevision de que se enamore del argumento y quiera reforzar con él su réplica.

---

(1) Véase las pruebas de ello en mi folleto Panfletos contra puñales.

Yo afirmé un hecho notorio: *su visita colectiva de los primeros al Dictador Latorre.*

No podía conocer su objeto ni sus propósitos, como ahora mismo no los conozco.

En falta de pruebas escritas ó de testimonios *irrecusables*, sabe vd. bien que el jurista recurre á las presunciones —Las presunciones son una prueba concluyente, cuando no han sido destruidas por otra, y algunas hay como las *juris et de jure*, que no admiten prueba en contrario.

Ahora bien,—podia yo como todo el mundo dejar de *presumir* que el primer objeto de esa inusitada visita, atenta las circunstancias que la rodearon, fuese todo, menos una *embajada popular* ó de partido?

¿Habia en aquellos momentos algun partido ó agrupacion de ciudadanos que estuviese en condiciones de mandar embajadas á Latorre para interpelarle de *potencia á potencia*, ó inquirir de él sus vistas acerca del país y de su futuro gobierno?

¿Y podia yo presumir, tan luego que, la agrupacion ó partido que se hallaba en ese caso, fuese la de los ciudadanos que días ántes no mas le habian combatido desesperadamente, por las armas y la prensa, por mas que ilusiones vanidosas ó esperanzas quiméricas les hubiesen restituido al seno de sus Lares patrios?

De ningun modo, mi querido amigo, y antes bien, haciendo justicia á la notoria inteligencia de esa fraccion, á la alta perspicacia y tacto político de sus prohombres, me dí á presumir aquello que únicamente era presumible, desechando de mi espíritu, todo cuanto pudiera agraviar á mis ojos su sentido práctico, su circunspeccion y avanzadas luces.

Presumí, pues, lo que era natural, inocente y sencillo, que en esa visita solo se trataba de una felicitacion, de un *cumplimiento*, tanto mas fundado, cuanto que segun el Dr. Sienra y Carranza, y vd. mismo, que hace suyas sus opiniones, les *era a*

vds. agradable el derrocamiento del gobierno de Varela que hasta aquel dia, era la mayor ignominia que hubiese pesado sobre el país.

¿Tenia algo de particular, pues, ir á dar las gracias ó *cumplimentar al revolucionario* que habia hecho á vds. ese gran servicio y permitídoles su regreso tranquilo y pacífico al seno de la patria?

A la verdad, mi señor D. Cárlos, no veo donde puede estar la calumnia, ni el agravio en un aserto tan natural como inocente.

Por lo demas, deploro como vd. que Latorre no hubiese estado á la altura de la civilidad y cortesania de la embajada *popular*; y que como lo insinua el Dr. Sienra se hubiese hecho negar y despedídola desde la puerta, poniendo así de manifiesto su rústica soberbia, tanto como su falta de cultura, en actos tan trascendentales y solemnes para las Repúblicas, como son los *besamanos*.

Crea, mi noble amigo, que la mayor parte de los males de nuestra pobre tierra, consisten en estos vicios de educacion de los hombres públicos que tanto he censurado en mi Nirvana.

Necesitamos no una, sino muchas docenas de *peluconcitos* y otras tantas de *cortesanos* para que cambien nuestros óscos hábitos sociales y alborée la verdadera fraternidad en nuestros elementos políticos.

A este respecto, no he podido contemplar sin emocion los progresos de su escuela, en el reciente ejemplo que acaba de darnos el intelijente, cuanto intrépido redactor de la «Razon», el jóven Muñoz, mi bello enemigo.

Los sucesos agrupados como las hadas de regodeo en torno del banquete del Ministro Peruano, acaban de hacer de él un segundo Camilo, una figura espectable entre la juventud de su patria.

Consuélese, que ya no está solo en el mundo de la fama, mi querido Cárlos.—Muñoz es su *pendant*.

El astuto Ministro de la Guerra, que en aquel in-

cidente, justo es recordarlo, desplegó algunas de las cualidades del Cuervo, ha rendido un notable servicio á la sociedad de su patria—parteando con maestria y habilidad ese nuevo Pompeyano.

El actuó respecto de aquel ardiente tribuno, verdadero Chaumette de nuestras *sulfataras* políticas como el calórico.

Con su fluido imponderable descompuso sin combinarse los gases fosforescentes de aquel jóven cerebro y ductilizó aquella arrogancia catoniana, sin mas gasto que una púdica sonrisa, entreverada de ensueños embriagadores.

Arrancó productos nuevos enteramente *alcalinos* á sus sacos lagrimales.

Y por último, apagó el centelleo de aquellas pupilas que poco antes cruzaban límpidas y orgullosas como góndolas de luz por córneas de leche, al solo nombre de aquel ministro, que tan hábil domador de fieras literarias se mostró aquel dia.

¡Cleopatra no fué mas fina ni sutil para seducir á Antonio!

¡Y decir que tan gran prodigio lo operó solo una *copita!*

¡Tan solo una copita!.....

¡Oh, si; pero llena de la ambrosia de la esperanza!

Su símbolo pasará á la historia como el beso furtivo del último jirondino á los termidorianos.

Al fin era ya tiempo mi querido amigo, de que vd. y su noble enjambre rompieran la crisálida de la intransigencia, dejando el estado de linfa, para entrar con sus membranas doradas al mundo pecaminoso de las especies de *estómago estragado*, pero robusto.

Le felicito por sus confesiones y sus triunfos, y le deseo salud en Spalanzani; gran descubridor de la pepsina.

A F C.

IV

El banquero y el cliente

Como me propongo no seguir polémicas con don Angel Floro Costa, me abstengo de poner en ridículo su pretension de comparar la revolucion de 1875, que tuvo el concurso de casi todos los hombres ilustrados del país y reunió algunos miles de soldados, con la conjuracion que don Angel fraguaba asociado á don Pedro Varela,—los dos solos y tal para cual!—con todos los detalles cómicos que Nirvana ha revelado!

Solo quiero rectificar hechos en el menor número posible de palabras.

Es absolutamente falso que yo haya andado recolectando fondos y armas en 1875, bien que nada de particular tendria el haberlo hecho. No pertenecía al comité, no tengo el honor de haber servido á la revolucion en esa escala.

Igualmente falso es que me presentase en casa de don Angel cada vez que se necesitasen fondos, armas, etc., como él lo afirma.—Nunca ha sido *mi banquero*, como él dice; nunca me ha prestado ni un centésimo.

Son falsos todos los detalles de la conferencia

que refiere. Hubo solamente esto:—En Setiembre, próximo á salir para el Ejército, supe que el Comité contaba, para llenar un compromiso urgente y de honor, con fondos que no le llegaron de Montevideo y que debian demorar unos dias. Tenia yo, por único caudal, mil patacones en el Banco de la Provincia, que dejaba á mi familia.—Se necesitaban mil quinientos, cosa así: era un préstamo que debia hacerse al Comité. Se me ocurrió entonces ir á ver á don Angel, como hombre de dinero disponible, que andaba regalando espadas y revólvers á los revolucionarios.—Los deportados ya habian llegado; todos estábamos llenos de ilusiones, y mal podia presentarme cari-acontecido y patético en casa de don Angel.—Vamos á hacerle un servicio al Comité, le dije, esplicándole lo que ocurria:—yo le presto mil patacones y tú quinientos.—Lo salvamos de un gran apuro á poca costa.—Aceptó la idea: yo dí un cheque sobre el Banco de la Provincia por mil patacones, y don Angel uno sobre el *Banco de Italia*, por quinientos.

Fuimos en seguida á campaña; á mi vuelta tuve noticia de que á don Angel Floro le habia sido devuelto el monto de su préstamo;—á mi familia solo pudo entregársele la mitad.—El saldo importaba un compromiso de honor del Comité; pero como era mi deber, en vista del fracaso revolucionario, hice donacion de aquel saldo.

Creo que don Angel donó alguna otra suma para la revolucion, como me consta que regaló algunas espadas, algunas carpas etc. pero nunca lo hizo por mi intermedio ni á mi pedido. Durante el año que pasé en Buenos Aires solo lo visité dos ó tres veces. — No visitaba á nadie; no salia de mi casa».

C M. R.

RÉPLICA

IV.

Dice mi ilustrado amigo el Dr. Ramirez, que como no se propone *seguir polémicas conmigo* (con D. Anjel Floro), se *abstiene de poner en ridículo* mi pretension de comparar la revolucion del 75, con la que yo fraguaba asociado á D. Pedro Varela—los dos solos—y tal para cual—con todos los detalles cómicos que Nirvana ha revelado.

Contestaré por partes.

La abstinencia de mi honorable contradictor á este respecto, se parece mucho á la abstinencia contemplativa del zorro, en presencia de los racimos de la viña.

Ante la opinion culta, no ridiculiza todo el que quiere, sino el que puede.

Ante la complaciente cabrionera del «Plata», es otra cosa—allí estoy ridiculizado desde *ab initio*.

Por eso es solo al fin de esta polémica que podra decirse si le ha sobrado habilidad y fuerzas á mi honorable amigo para saciar su intento, ó si se ha quedado con el ánfora llena de ese producto averiado de que allí hacen tanto consumo los escritores de *media caña*.

Los dos solos y tal para cual.—No alcanzan á mortificar mi amor propio los paralelos humillantes y calumniosos del Dr. Ramirez.

En nuestro pais todos nos conocemos como él bien lo dice y por lo mismo no necesito deprimir la personalidad de nadie para realzar la mia.

Con mis errores y mis méritos, sé que he hecho algo para que los perfiles de mi fisonomia mantengan su acentuacion propia, y no es mi jóven amigo, quien ha de despojarme ni de mis méritos ni de mis virtudes, si algunas tengo—por grande que sea la afec-

tacion de sus desdenes (1), que si algo prueban, es el vicio incurable de su temperamento, asaz soberbio y pretencioso, para poder comprender el buen efecto de todas esas delicadezas de continencia, que son el perfume de las polémicas entre adversarios ilustrados y cultos.

Por otra parte, á los hombres se les juzga por sus actos, no por sus opiniones—En estas puedo estar errado—en aquellos, aunque nunca he sido puritano en *teoria*, aguardo que el Dr. Ramirez apunte el hecho concreto que empañe mi honorabilidad, mi lealtad y mi consecuencia social y política.

No se detenga ante el dintel mismo de la vida privada.

Me cuadra un adversario como él, yo le autorizo á penetrar en ella, no con el menguado antifaz de las *adivinanzas* indigno de hombres que se estiman, sino con el noble coraje del acusador público austero é inexonerable, que rinde un servicio á la patria desenmascarando un ciudadano peligroso y réprobo.

Puede hacerlo cuando le plazca, que yo sabré recojer el guante y defenderme.

Pero entro al fondo de su rectificacion.

Que *son falsos*, dice mi ilustrado contradictor, todas las referencias que hago en mi réplica, sobre su actitud de colector de fondos para la revolucion y lo ocurrido en la entrevista conmigo?

No estraño que mi jóven amigo impugne con tanto aplomo mis asertos y relate de un modo tan distinto los hechos.

Desde que se ha hecho novelista, su imaginacion le compromete á cada instante.

Yo que nunca he tenido inclinacion á la novela porque para ella como para el verso y la música, poseo facultades refractarias, no suelo incurrir tan

---

(1) Obsérvese el tono que asume respecto de nosotros el Dr Ramirez en sus réplicas.

amenundo como mi amigo en fracasos de memoria.

En cambio, suelo hacer y me gusta hacer historia—tengo el hábito de los estudios serios y poseo un regular espíritu metódico.

Guardo papeles sin ser coleccionista, confiando mas en ellos que en los frágiles destellos de la *loca de la casa.*

Asi es que hoy puedo no en vano apelar á ellos, como á viejos conocidos, para que me ayuden á corregir la trama y los perfiles de la 2ª novelita de D. Cárlos Maria, que no tiene el mérito ni la inspiracion de los Palmares.

Rectifiquemos por partes.

No es exacto, que fuera en el mes de *Setiembre* antes de partir al ejército, su visita.

No es exacto que ya hubiesen *venido los deportados.*

No es exacto, que mi entrega fuese de *quinientos* patacones, sinó de *ochocientos* como yo lo he aseverado.

No es exacto, que fuese un *préstamo* al comité, como él lo dice, sinó una *donacion* gustosa y absolutamente desinteresada que hice por mi parte.

No es exacto en fin, que á mí *se me haya devuelto el monto del préstamo,* segun dice *tuvo de ella noticia á su vuelta de campaña,* por mas que á él se le haya devuelto el suyo—porque ni yo hice un préstamo, ni habria aceptado la devolucion de sumas *dadas* con un objeto patriótico.

Voy á probarlo, dejando en su verdadero punto de vista, en esto, como ya lo he hecho en todo lo demás, el aplomo moral de este jóven é intrépido polemista.

Papelito canta, como dice mi noble amigo.

« Comité Oriental, en Buenos Aires.

Recibido del Dr. D. Angel Floro Costa la cantidad de OCHOCIENTOS PESOS FUERTES con destino á los cometidos de este centro de cuya inversion se

dará cuenta oportunamente *sin perjuicio de ser reintegrados por la Nacion.*

Buenos Aires, Abril 28 de 1875.

J. M. M., Presidente. J. A., Tesorero.

Hé ahí el documento que me trajo el Dr. Ramirez del comité para rescatar el recibo provisorio y personal que me dió en el acto de recibir el cheque—no sé si contra el *Banco de Italia,* ó de la Provincia, pues, en ambos tenía dinero, y en esta parte puede que tenga razon.

Comprueba ese documento—1.º—que fué en *Abril* y no en *Setiembre* la donacion—2.º—que no fué por *quinientos* patacones como él lo afirma, sinó por *ochocientos* como lo he afirmado yo, antes de ser grosera y gratuitamente desmentido por el adversario—3º—que no fué un *préstamo,* ni se pactó devolucion; sinó una *donacion,* como lo he afirmado, con propósitos absolutamente desinteresados.

Notorio es que los deportados vinieron á fines de Agosto, pero por si lo dudara mi noble amigo, transcribiré el principio de la nota que se me dirijió designándoseme como uno de los miembros de la comision para recibirlos, y de la que se me hizo el honor de nombrárseme Presidente, honor que declinéé espontáneamente, en el Dr. Don Juan Cárlos Blanco.

Hé ahí la nota:

Buenos Aires, Agosto 6 de 1875.

Sr. Dr. D. Angel Floro Costa.

Estimado compatriota:

Nuestros correlijionarios políticos (yo no lo era de todos esos Señores, sinó de algunos) los deportados de la Puig deben llegar *á fines del corriente*: con tal motivo .....

J. M. M., Presidente. J. B., Secretario

Queda, pues, enmendada, sin borrones y sin injurias la novelita del Dr. Ramirez.

Y como no ha resultado cierto, pues, lo que él tan intrépidamente nos afirmaba, tenemos que bien pudo presentarse en mi casa, *pálido mohino y sentimentalizado, como Bruto en casa de Pomponio Atico*, tanto mas tratándose de salvar de un *grande apuro* y de un *compromiso de honra* al comité, desde que todavía por *no* haber vuelto los deportados no habian nacido esas *ilusiones* en su cabeza, de que tan candorosamente se llenó despues, allá como yo he dicho por las kalendas del 75.

Creo que soy lógico, como un práctico, y que nada tendria que reprochar á mi rotunda argumentacion ni el mismo Ebía Bolaños ó el Conde de la Cañada se vinieran y asomasen las narices por esta polémica.

Oh! pero nuestro hábil contrincante nos ha hecho una confesion preciosa en medio de sus pretendidas rectificaciones.

¿Con que le devolvieron sus pesos?

¿Con que no fué una *donacion* sinó un *préstamo* lo que vd. hizo y lo que me hizo entender que hacia?

Poverino!! Sin duda al ocultármelo no me creyó vd. capaz de imitar su desprendimiento?

¿Qué hábil fué vd., caro *prójimo?* (1)

Lo salvamos (al comité) *de un grande apuro á poca costa,* dice V.—Si, *á poca costa* para Vd.—ya lo veo; pero para mí, no fué á *tan poca costa*, que siempre *ochocientos patacones* para *primera entrega*, son algo.

Asi decia la pulga cuando andaba en faenas labriegas montada sobre el buey.

¡Estamos arando!!

Creo que ha habido muchos aradores como Vd., querido amigo, en aquella inolvidable efeméride de nuestra patria historia.

A. F. C.

---

(1) Las palabras *poverino y prójimo*, las emplea en la rectificacion siguiente contra mí el Dr. Ramirez—yo no hago sino glosarlas.

V

Una comision al Brasil

A fines de Octubre, hallábame en Concordia, cuando recibí un telégrama del Comité que me llamaba á Buenos Aires con urgencia.

Se trataba de mandarme al Brasil; la idea no fué *inspiracion mia*, por consiguiente. De todas maneras estaba muy lejos de ser una idea disparatada.

Lamas era ya ministro de Varela, y esplotaba la adopcion de la divisa tricolor, vieja bandera de la *Provincia* oriental, como un propósito de reincorporacion á la República Argentina. Estaba en grandes negociaciones con el Vízconde de Maúa, y ambos se jactaban de poner el concurso del Brasil al servicio del Gobierno de Varela—Se creyó del caso que fuese alguien al Janeiro, para desvanecer las intrigas de Lamas y señalar las odiosidades que acarrearia al Brasil cualquier género de proteccion dispensado á un gobierno tan impopular y corrompido como el de Varela.

Yo por mi parte, no podia negarme á las indicaciones del Comité, y estuve pronto para ir á desempeñar la *comision* proyectada. Solo sí, no queria ir á hablar en nombre de una revolucion agonizante; y manifesté que debíamos esperar el resultado del

encuentro de las fuerzas revolucionarias con las de Latorre. Así se hizo; el resultado fué adverso, y yo no me moví de Buenos Aires.

¿Hay en todo eso algo que se preste á la caricatura?

El más interesado en la idea era don Juan José de Herrera, espíritu muy reflexivo y muy sério, que no hace jamas cosas ridículas. Lo que yo puedo asegurar es que no llegué á redactar las notas de la futura mision, á diferencia de don Angel Floro que tenia un cartapacio de decretos prontos, para cuando fuese gefe del gabinete parlamentario de D. Pedro Varela.

RÉPLICA

V

Confesion de parte, relevacion de prueba.

Es la manera de prueba mas cierta é mas lijera con menos trabajo é costa de las partes, dice la ley 1, tít. 13, part. 3, *ca despues de ella non han menester sobre aquel pleito otra prueba nin otro averiguamento.*

Sábia anduvo la ley de Partida.

Así, pues, nadie dirá que soy un *embustero* cuando he referido un hecho que vd. acaba de confesarnos.

Solo el marco literario entre su version y la mía ha sido distinto—pues hace muy poco el caso que la *inspiracion* haya sido ó no suya, cosa que yo no afirmé, sinó como *testigo de oidas*, y justo apreciador de su talento político.

En lo que persiste nuestro desacuerdo, es en lo de si la idea de su mision ó *comision* como vd. la llama, era ó no una idea *disparatada.*

Parece que lo que no le ha gustado á V. es que yo

profanara la memoria histórica de aquel acto, presentándole en la escena como un nuevo Popilio; trazando con su espadin diplomático, el círculo de la política del Imperio en sus relaciones con el *gabinete revolucionario* con *sede vacante* en el pais, y asiento *fijo* con jurisdiccion meromista en Buenos Aires?

Pero haga vd. caso omiso de imágenes.—*Ce sont des amussements literaires.*

¿He hecho yo caso de las suyas?

Por poco monta vd. el picazo.

El hecho es que aceptó vd. la mision y se dispuso á ir al Brasil á contrarrestar la política del travieso Lamas, y que gracias á Latorre que desbarató los planes de la *revolucion agonizante*, no lució vd. por segunda vez en aquella Córte su espadin diplomático y su *saudosa* dialéctica.

Hay algo en esto que se preste á la caricatura, pregunta Vd.?

No señor ¿que ha de haber?—Esta solo está reservada para *la conjuracion de los condores.*

El mas interesado en la idea dice V., *era Don Juan José Herrera, espíritu* MUY REFLEXIVO Y MUY SÉRIO, *que no hace jamás cosas ridículas.*

Admito sin esfuerzo lo de espíritu *muy reflexivo* y *muy serio*, pero no que los mismos sabios no hagan cosas ridículas, ni que la gente *seria* no haga alguna vez sendos disparates.

Ahí está la prueba de uno mayúsculo—acreditar un enviado, *desde el estranjero*, para que fuera ante una Córte á desbaratar los trabajos de un Gobierno reconocido por esa Córte misma.

En la historia se encuentran muchos ejemplos de enviados secretos y de misiones célebres de esta especie — Las que Capo D' Istria y Pozzo di Borgo desempeñaron diversas veces á nombre de la Rusia en las varias coaliciones contra Napoleon, pueden ser ejemplo de ello.

Pero de enviados secretos, de *poderes imajina-*

rios con *sede vacante* en un pais y *jurisdiccion meromista* en otro, en verdad os digo, que todavía no se habian visto—y sin duda estaba reservado á la indisputable *seriedad y reflexivo* criterio de mi distinguido conciudadano el Dr. Herrera si es cierto lo que afirma el Dr. Ramirez, introducir esta importante práctica en la historia del derecho de gentes americano.

Se le tendrá en cuenta y se rejistrará oportunamente su patente de invencion.

Lo que yo puedo asegurar es que no llegué á redactar las notas de la futura mision, dice mi noble amigo, *á diferencia de D. Angel Floro que tenia nn cartapacio de decretos prontos, para cuando fuese jefe del gabinete parlamentario de D. Pedro Varela.*

Vamos amigo, al fin le he visto á Vd. feliz en un desenganche.

No es tan torpe su florete ni tan chabacana su musa, como podria creerse leyendo en otras partes sus artículos y rectificaciones.

Con un poco mas de ejercicio y mejor escuela, puede Vd. llegar con el tiempo á ser, no un atleta de cargazon, sinó un artístico y elegante polemista.

Los *jinojos* del festivo Albistur han perjudicado sus grandes facultades y empequeñecido su númen ático.

Apenas quiera Vd. dejar sus hábitos de torero literario y cambiar su calañes y chaquetilla, por el gaban y el frac, será Vd. uno de los leones de nuestra prensa—modesto sin afectacion, sólido sin jactancia y elegante sin pedantismo.—Tiene médula para ello.

Del enemigo el consejo.

Busque sus modelos en los boulevares de la Atenas francesa y abandone para siempre los tugurios y encrucijadas del barrio de Albaicin, criadero de *manolos, pinches* y jitanos con que Granada inunda á España y al mundo entero.

Ayúdeme á salvar una jeneracion de ese feroz

VII

Un disparate mayúsculo

Consecuente con lo que manifesté al principio no me ocuparé de las acusaciones vagas y recriminaciones genéricas de D. Angel, pero haré notar que este prójimo, así como no se pára en mentiras, tampoco se pára en desatinos, para dar colorido á sus catilinarias.

Dueños absolutos de la prensa!—dice; y sobre esto que le parece inconcuso, levanta un edificio de acusaciones terribles.

Parece que D. Angel ha perdido el juicio del todo, pues solo asi se esplica que un hombre de talento dé valor á una frase tan absurda.

Dueños absolutos de la prensa! Pero alma bendita—¿hemos sido alguna vez Gobierno, para dictar medidas que nos diesen el monopolio de la prensa?—¿Porque hemos de haber sido nosotros sus *dueños absolutos*—¿Pues, qué no tienen todos tinta, pluma y papel como nosotros?—¿Pues no es este el pais de los diarios al por mayor?—¿Pues no hemos tenido generalmente, en la prensa, que batirnos uno con cuatro, ó contra diez, precisamente porque nunca hemos sido Gobierno, y los que no lo son disponen siempre de pocos diarios?—No di-

ga ridiculeces, Sr. Don Angel Floro, porque eso sienta mal á un sociólogo de tan alto coturno—Nos llama Vd. *dueños absolutos de la prensa*, precisamente cuando hacía cuatro años que no escribíamos en ella una sola línea.—Y eso lo dice Vd., que es el *dueño absoluto* de los panfletos y los libros, como que es el único, ó casi, que escribe tales cosas en nuestra tierra! Tirano!—Hombre cruel! Verdugo de los que no escriben libros ni panfletos —Lo compadezco; debe Vd. tener remordimientos abrumadores al recordar su despotismo omnímodo sobre los libros y panfletos de su pais.

RÉPLICA

III

Parece que ya no es solo el *inspirador de la Comision al Brasil*, el que dice ó hace disparates mayúsculos, sinó que yo tambien los digo, segun lo asegura mi Señor D. Cárlos (jinojo Albistur.)

Mi aventajado amigo no quiere sustentar conmigo polémicas sobre *acusaciones vagas y recriminaciones genéricas á su partido y á sus gefes.*

Prefiere como adversario á la «Nacion», al «Ferro Carril», al Presidente ó á los Ministros, á todo el mundo, menos á mí.

Para ellos, cuando se trata de historia contemporánea, tiene la zumba, el maniador de Juvenal, el rebenque de Boileau—carita fresca y retozona—confianza absoluta,—para mí solo tiene la mirada torva, los labios espumosos, el aire arrogante y el desprecio *del zorro.*

Califica de *recriminaciones vagas y jenéricas los juicios y apreciaciones políticas de D. Angel*,—y

agrega: ESTE PRÓJIMO *no se para en mentiras ni tampoco en desatinos para dar colorido á sus catilinarias.*

¡Bello estilo!—¿Verdad?

La Bruyere en pinta—Renan uruguayizado!

Ya se vé! Como que *este prójimo* no sabe historia, ni ha hojeado algo las pandectas!

¡Si tendrá recelo, mi jóven amigo, que lo destierre despues de esta polémica, ó lo sepulte en alguna barca Puig mandada construir exprofeso para *encajarlo* dentro con sus chinelas y sus libros, sus curatelas y sus curados, el Plata y sus suscritores, el billar y los tacos, la cabrionera y los cabriones, los parejeros y los gallos, Mingo Revulgo, el del «Siglo», la panoplía de sus armas de guerra, incluso el Martin Henri y la Durindana; y el item diplomático de *la copita*, que en todas estas grescas, se desempeña como el petizo de los mandados?

Pero tranquilícese, mi noble amigo—que no ha de suceder nada de eso—y por lo que hace á sangre, le protesto que esta no ha de llegar al rio, por mas que vd. no la *tenga de pato*, ni yo de macho cabrio.

Es polémica de salamandras, que salen ilesas del fuego mismo.

Pero vamos al cuento—¿Cuál es el disparate mayúsculo, objeto de sus 7ª rectificacion?

Que yo he dicho, que han sido vd y su fraccion política *dueños absolutos de la prensa?*

Por decir esto, cree vd. que *un hombre* de *talento como yo* (sic) ha perdido el juicio *dando valor á una frase tan absurda?*

¿Pero el juicio no lo habia perdido ya, mi querido amigo, cuando perdí tambien *el sentido moral*, que tan obliterado ha encontrado vd. en mí desde la infancia?

Pero es que tampoco soy yo el que dá valor á la frase, sino quien la acuña y lanza á la circulacion como buena moneda.

Y lo he dicho y lo he probado—mas que eso, he iluminado la diccion, con ejemplos históricos, que vd. no ha levantado.

Bien sé que no han sido Vds. *gobierno para dictar medidas que les diesen el monopolio de la prensa.*

Pero es que sin serlo la han monopolizado, formando una sociedad de seguros mútuos, con prima fija, para esplotar el terror del hecho local y del editorial mismo.

Verdad es que *todos tienen pluma, tinta y papel como Ustedes*,—pero no todos tienen el talento, la instruccion, y la audacia de vds.,—talento é instruccion, que tenian el deber por lo mismo de emplear para el bien de la patria, para morijerar las pasiones en vez de exaltarlas, para enseñar á sus conciudadanos, sin imponerse, ni humillarlos, para ayudar á construir el edificio social grietado por todas partes, en vez de poner siempre el pico al servicio de la demolicion.

Tambien es cierto, que aquel es *el pais de los diarios al por mayor*, pero eso mismo es una consecuencia de la desmoralizacion introducida en los hábitos cultos de la prensa—cuya responsabilidad alcanza á Vd., como uno de tantos, en primera línea.

Donde la prensa no es otra cosa que una cloaca de personalidades—todos se sienten aptos para llevar una inmundicia á ella,—por eso allí hay tantos periodistas, y por eso allí no seria yo periodista, aunque estuviera como Vd., dotado del talento y aptitudes que para ello me faltan.

Si, Señor, la prensa es como las demás cosas—se inspira en lo que vé, se educa ó se contajia, segun sean los modelos que tiene á la vista.

Si en el mundo no hubieran otros modelos que el «Fígaro» (1) pronto ella dejeneraria en el mas

(1) El francés moderno—no el de Larra.

vergonzoso de los pujilatos, porque el pueblo es esencialmente carnívoro y ama el escándalo.

La prensa, para ser prensa, debe ser impersonal, por eso allí no hay prensa ni suben á ella escritores que sean capaces de alimentar la atencion pública, con ese caudal variado de conocimientos, alto tino, suma esperiencia, y fecundidad literaria que hacen de ella un guia prudente, un sacerdocio y un verdadero Poder.

Uno que otro artículo bien concebido, no destruye la regla, antes por el contrario, *esceptio á regula firmat regulam ni aliis.*

Y todos estos vicios y sus causas, las encontrará Vd. bien estudiadas en el Capítulo VII de Nirvana, que recomiendo á su atencion é injénio crítico.

—*Que han tenido vds. que batirse jeneralmente en la prensa, uno contra cuatro ó contra diez, por que no han sido gobierno, y los que no lo son, disponen siempre de pocos diarios?*

Precisamente, allí sucede lo contrario. El gobierno ó los gobiernos, nunca han tenido prensa que valiera dos centavos. Han preferido el escritor asalariado y abyecto, al leal amigo de causa;—han sido pequeños, egoistas y celosos, y talvez lo sean siempre.

No han sabido dar mérito á las plumas independientes y sóbrias—han confiado en la brutalidad de la fuerza, jamás en el poder de la inteligencia.

Por eso su vanidad pueril y su soberbia, les ha hecho el juguete de las oposiciones, que afectan despreciar, pero que temen y han temido siempre, —prefiriendo bajar á menudo con sombrero en mano á dar esplicaciones ridículas á escritorzuelos de tres al cuarto,—que sostener con dignidad sus actos ante un jurado, ya que no vincularse afecciones, por medio de una política menos estrecha, mas hábil y considerada, que agrupase á su lado defensores dignos y espontáneos, como se hace en todas par-

tes del mundo, en donde el arte de gobierno no está en la infancia.

Si se han batido Vds. *uno contra cuatro* cuatro contra diez,—¿quién tiene la culpa?

La insolencia de sus propios ataques, que ha suscitado á vds. un adversario en cada ciudadano, la mayor parte impotentes para ir á medir sus armas con vds. en la prensa, donde eran aplastados de todos modos, con el sarcasmo, con el epígrama, con la claque bullanguera de los cabriones; pero otros con sobrado arrojo para contrarrestar injuria con injuria, y como sucede siempre, hasta para apelar á la violencia y escederse en las represalias.

Esa tirania oprobiosa ejercida durante largos años por Vd. y algunos otros espíritus absolutos de su grupo político, es lo que yo he estereotipado en mi artículo, sin que baste á desnaturalizar la verdad y fulgor de sus tintas, el que Vd. invoque en favor de su modestia, el silencio *obligado á que lo condenó cuatro años la dictadura de Latorre*, los mismos precisamente en que no ha debido callarse—porque la prensa valiente y noble, gloriosa y digna, es la que combate á los tiranos, no la que mete violin en bolsa cuando ellos reinan, para volver á hacer fuego en épocas de libertad en que nadie deprime sus fueros ni lastima el menor de sus derechos.

Y si por decir estas verdades, soy á sus ojos ridículo y loco—me quedo con mis ridiculeces y locuras, unjiendo á Vd., con la heroicidad de los epicúreos, que se abstienen de subir á cubierta cuando brama la tempestad, pero que despues que pasa aspiran á los honores de la cabecera de la mesa, para desde allí ser los censores implacables de sus contemporáneos.

¡Mis panfletos y mis libros, tirano, hombre cruel, verdugo de los que no escriben tales cosas en nuestra tierra! En efecto, como que todos ellos no valen uno solo de sus artículos, sobre todo cuando no está encelada la Pitonisa.

Tengo el consuelo, sinembargo, que con ellos, no he dejado tendido en el suelo á nadie—ni á nadie tampoco he robado la honra.

Solo uno de mis folletos ha sido personal, y eso por que tuve que defenderme —el que escribí contra Latorre.

Los demás, han sido trabajos científicos, económicos ó políticos, escritos con elevacion é impersonalidad. Sus pájinas pueden testimoniarlo. Algo han contribuido ellos á difundir ideas y hasta el gusto por ciencias que hasta hoy mismo, son á Vd. desconocidas.

No he escrito como vd. novelitas, ni conferencias de dudosa *orijinalidad*; pero en cambio, he abrumado á mis conciudadanos con el estudio de las mas árduas cuestiones que afectan la vitalidad del país,—y me enorgullezco por ello, de haber merecido la excomunion papal decretada contra mí; por unanimidad de antipatias de la prensa principista posibilista—rejeneradora—constitucionalista—racional—timoteista.

¿Tiene Vd. noticia de muchos otros insensatos que hayan tenido la necedad de tratarlas con mas laboriosidad y perseverancia?—Apresúrese á denunciarlos al Santo oficio del cisma *constitucional*.

Estas obras piadosas, son las que mas recomiendan su talento á la posteridad.

A. F. C.

VIII

Rectificacion á D. Angel Floro

EL DOCTOR DON ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES—DON JUAN MARIA TORRES—DON JOSÉ CÁNDIDO BUSTAMANTE—DON FRANCISDO BAUZÁ.

Le he probado ya á D. Angel Floro que es un embustero de siete suelas (le recomiendo la asociacion de ideas que me sugiere esa frase) y se lo voy á probar una vez mas.

Es una táctica ruin y gastada, poner por los cuernos de la luna á los supuestos adversarios del contrincante, y armarle sobre ese tema una intriga que deja de ser diabólica porque es simplemente nécia.

Cinco polémicas virulentas me atribuye don Angel Floro. Vaya un hombre curioso! Cuando se ha vivido doce años en la prensa, esas cinco y diez mas, no serian un argumento para probar mi carácter pendenciero y demostrar que solo por *envidia* he podido criticar la conjuracion de Nirvana! La prensa es la prensa, y *á la guerre comme á la guerre!*

Empecemos por el doctor don Alejandro Magariños Cervantes. No sacará fruto de sus intrigas don Angel Floro.—Hemos mantenido y mantenemos con ese compatriota las mas cordiales relaciones, apenas

interrumpidas en un corto período de graves disidencias políticas.—*Vate irritabili genium!*—Talvez puede aplicarse el dicho al décano de nuestros poetas, y es posible que me caiga el sayo, sin ser vate —Tuvimos una reyerta pasagera, en 1869, cuando apenas era yo mayor de edad. Despues—ya en 1871, Alejandro (así le llamo con cariño, apesar de la diferencia de edad) colaboraba en mi *Bandera Radical*, y desde entónces no dejamos de echarnos piropos por la prensa, y de vivir en la mayor armonía, inaccesibles á las bellaquerias crónicas de don Angel Floro.

Pasemos á D. José Cándido Bustamaute—Es falso que lo hayamos acusado de *ladron*. Los tiempos eran duros La oposicion que hacíamos al Ministro de 1869 puede habernos llevado á formular acusaciones políticas muy graves; pero nunca dijimos que el Ministro se habia metido dinero del Estado en el bolsillo. Ahora bien, el jury á que se refiere D. Angel era jury de calificacion. El señor Bustamante acusaba y yo me adherí á la acusacion pidiendo que se hiciese lugar á formacion de causa. —Si se trataba de un juicio de calificacion, ¿cómo quiere vd. que presentase pruebas?—Necesita don Angel apretarse los tornillos antes de escribir. Solo en el juicio de prueba se presentan pruebas; y ese no tuvo lugar porque fuí desterrado dos dias despues del de calificacion. No quiero entrar en mas detalles. Es una bajeza de D. Angel Floro remover esa cuestion estinguida. El Sr. Bustamante será el primero en mirar con asco al autor de tan maligna reminiscencia.

Pasemos á don Juan M. Torres.—Ha de saber don Angel Floro que yo no he tenido polémica con el señor Torres. Lo que pasó fué esto: Yo dije en «La Bandera Radical», en 1871, que en los pueblos acéfalos de toda autoridad por causa de la guerra civil, debian los extrangeros formar un gobierno municipal, como garantía de órden público, y lo dije en

términos imprudentes. Esto bastó para que el Sr. Torres empezase á escribir de puro comedido en «La Tribuna» poniéndome por los suelos, y cayéndoles de paso á mis hermanos que escribian otro diario y militaban en otro partido.—Salió un artículo y callé; y salieron dos y salieron tres, y eran unas filípicas interminables, parecidas en eso á las de don Angel Floro.—Yo no contestaba ni contesté una palabra en «La Bandera Radical»: pero al fin, cansado ya de soportar insultos, contribuí á una broma pesada de que fué objeto en «El Siglo» aquel señor. La broma surtió efecto; el señor Torres nos dejó descansar despues de habernos fastidiado bastante, porque manejaba admirablemente la lengua de la diatriva. No soñaba yo que algun dia saliesen á bailar como piezas justificativas de mi espíritu pendenciero las agresiones político-literarios de D. Juan Maria Torres.

Pasemos al señor Bauzá. Teníamos los dos ménos de 23 años.—Estábamos en guerra civil; y se respiraban aires de combate.—Nos enredamos en una discusion política. Subimos de tono gradualmente. Me desafió y nos batimos.—*¿Quid indé* señor don Angel Floro?—Nunca he hecho la menor ofensa á las aptitudes intelectuales del señor Bauzá, y recientemente me ha dado ocasion de hacerle justicia la publicacion de su *Historia de la dominacion Española*.

RÉPLICA

VIII

EL DOCTOR DON ALEJANDRO MAGARIÑOS—DON JUAN MARIA TORRES—DON JOSÉ CÁNDIDO BUSTAMANTE—DON FRANCISCO BAUZÁ.

El tono de sus réplicas denuncia que vá vd. perdiendo cada vez mas su calma.

Llegará al parasismo su furor?—Tendremos que aplicarle duchas?

Ya no solo me trata vd con absoluta descortesia y desprecio, sino que al final, despues de amenazarme con que *pobre de mi si vd. levanta la punta del velo de mi biografia* (1), me abruma con su *perdon* y me confunde con su *jenerosidad.*

Carlitos, vd. siempre ha tenido el defecto de los *perdonavidas* literarios: el ser un poco andaluz, quiero decir, bastante *gascon*—el vulgo dá otro nombre á estas fanfarronadas.

Pero ya hablaremos de su *jenerosidad* al último.

Entremos á su 8ª rectificacion—aun cuando no conviene detenerme mucho en nombres propios.

Cinco polémicas virulentas me atribuye D. Angel Floro.

Alto mi amigo; cinco son de las que me acuerdo, por haber sido las mas ruidosas; porque vd. comprende que ni tengo á la mano todas las colecciones de sus escritos, ni tuve nunca por objeto ser *su biógrafo*, como vd. el mio.

No haga vd. argumento del número, sino de la *calidad* de sus pendencias.

¿Pero he faltado á la verdad en mi esposicion de cargos?

Nada de eso, vd. lo confiesa paladinamente, aunque busca á cada *encuentro* de esos una disculpa, una circunstancia atenuante.

Unas veces que ha *vivido diez ó doce años en la prensa* y que á la *guerre comme a la guerre*—¡Como si la prensa fuera la *guerre!*

Otras *su minoridad*, otras *el calor de la oposicion*, otras haber *contribuido á una broma pesada*, otras el *respirar aires de combate*—¿Qué disculpa encontrará vd. á la sexta?

Podía vd. haberse escusado enumerar todas esas

---

(1) Véase la 10ª rectificacion.

circunstancias atenuantes, desde que he sido el primero en buscar atenuacion á su conducta, con las lijerezas y arrogante *irreflexibilidad de su carácter*.

Ya he dicho y probado que ha sido vd. nuestro Camilo Desmoulins, (1) y eso basta.

No pienso hacerle severamente responsable ante la historia de sus imprudentes errores.

No he pretendido tampoco, al traer á colacion sus pendencias, *intrigarle* con nadie—no lo necesito—es vd. bien conocido en el Pirco—y aunque ahora *mantenga relaciones cordiales y no interrumpidas* con algunas de sus víctimas de antaño, eso no prueba que antes no haya sido vd. victimario, sinó á lo sumo, *las súbitas reacciones de su espíritu y sus fáciles arrepentimientos*.

Posible es que mañana se arrepienta tambien de lo que ha hecho conmigo; pues, no creo haberle dado menores pruebas de afecto, que las que vd. ha recibido del Dr. Magariños y esos otros señores—posible es que tambien se disculpe de sus temeridades juveniles con el *vatem irritabili genium*—y me llame Angel como me llamaba *apesar de la diferencia de años*, antes de esta pendencia y como llama *Alejandro* al Dr. Magariños, y que tambien vuelva á *echarme piropos* y á vivir en la mayor armónía conmigo.

Todo eso es posible, y dependerá de la mayor ó menor ampolla que hayan dejado en su dermis mis *bellaquerias crónicas*, como vd. las llama; pero nada de eso impedirá que yo haya sido su sesta *víctima* y que entre sus trofeos pueda vd. registrar esta pendencia, como una de sus mejores fazañas.

Dice vd. que no llamó *ladron* al Ministro Bustamante, aunque los *tiempos eran duros*—y que es una *bajeza* en mí *remover esa cuestion estinguida*.

Sí, se lo dijo, y con el adimento de *público*—mi

(1) Véase mis artículos en el Plata, que han provocado las rectificaciones del Dr. Ramirez.

exelente amigo—ahi está su artículo estampado en «El Siglo» de aquella época para desautorizar su asercion y honrar la mía—el fué el motivo de la acusacion.

No lo tengo á la mano, por eso no le cito testual el párrafo y la fecha—pero tan horripilante impresion me hizo su lectura que todavia conservo esa frase en mi memoria y puedo jurar que afirmo la verdad.

Donde hay, pues, no diré *bajeza*, por que no hay por mi parte razon para emplear palabras tan duras con vd., aunque vd., me las prodigue á cada paso, sinó *inconsecuencia, rubor, arrepentimiento* es en negar el hecho y en deslizar frases de cortesana adulacion para propiciarse la piedad del antiguo adversario.

Yo no sé, si el señor Bustamante mirará *con asco*, una reminiscencia histórica de esta especie, como vd. dice; lo que sé es que en aquella época sublevaron sus frases, su noble indignacion, y hoy la retractacion tardia que envuelve su negativa, debe evocar en él profundas reflexiones filosóticas, acerca de lo que son las injusticias y las violencias humanas.

Indudablemente vd. hace algo, aunque tardiamente por desagraviarle—El tiempo que pasa sobre todo ha calmado ya esas ofensas, pero todavia han de causar zumbidos en su oido, y vértigos á su amor propio, aquello de *Rey Congo y estatua equestre sin jinete*, con que pretendió vd. con el rayo de su palabra derribar una reputacion y un ministro.

No tengo por que entrar en lo de si era ó no juicio de calificacion.

Posible es que en esta parte tenga vd. razon, como que fué actor en él, y yo esté equivocado.

Pero eso no debilita la fuerza de mi argumento, esto es, que vd. *no tenia pruebas de sus asertos, ni hoy mismo las tiene*, puesto que no solo se retracta públicamente de lo que dijo, sinó que nadie hay

que no esté convencido de sus feroces calumnias.

Le desterraron á vd. es cierto, lo recuerdo y me consta—y en eso es en lo que hizo mal, como he dicho cien veces, aquel Ministro—doblemente mal; porque violaba la garantías del ciudadano y comprometia su causa recurriendo á la violencia, que nada prueba, para aplastar calumnias que pudo pulverizar con un buen defensor y dos ó tres dias mas de parsimonia y de calma.

Le hizo á vd. mártir, cuando pudo darle una leccion y un grande ejemplo á su patria.

Asi como he tenido la franqueza de inculparle á vd sus avances, la tengo para reprobar aquel arbitrario y darle á Vd. la razon en su injustificado martirio.

Y tan arrepentido lo creo de ello al Sr. Bustamante, como á vd. de haber proferido *sin pruebas* contra él tan insensatas calumnias y tan atroces injurias, que nunca serán disculpables, por grande que sea el calor de una oposicion la minoridad y la larga vida en la prensa de un publicista.

Me hace vd. saber que no tuvo polémica con D. Juan María Torres, pero que *contribuyó á una broma pesada de que fué objeto en «El Siglo» aquel Señor.*

¿Con que á una broma pesada que le dio «El Siglo» eh? ¡La *cloaca máxima* eh?

¿Con que las *filíficas de aquel Señor se parecian á las mias,* eh?

Sin aceptar que las mias sean filíficas, probaría eso que vd. las habia merecido—sea por sus *bromas pesadas* en la prensa, sea por sus chuscadas de *cuco y chapamelon* de que tanto gasto hace en sus producciones críticas.

Algo debió vd. hacerle, Carlitos, á aquel Señor cuando le sacó de sus casillas—¿Por qué no nos ha contado vd. la broma?

¿No estará vd. por inventar alguna contra mí,

para que le *deje descansar tambien, despues de haberle fastidiado algo con mis panfletos?*

Oh! por que vd. se fastidia de los picotazos de las avispas, despues que ha dado *humazo* y revuelto el avispero?

¿No soñaba vd. que algun dia *saliesen á bailar como piezas justificativas de su espíritu pendenciero las agresiones político-literarias de D. Juan María Torres?*

Menos soñaba yo que «El Plata» redactado por el discípulo inteligente y predilecto, por el afectuoso amigo, estaba impaciente por asociarse al *sanscullotismo* de aquella prensa, y hacer conmigo lo que los *guichetiers* hicieron con el noble y honrado Baylly antes de subir al cadalzo; que se lo arrojaban unos á otros, diciendo—*Tiens, voila Baylly—a toi Baylly- un, deux, trois, prends donc Baylly.*

Esperaba una palabra elevada y de justicia, y me encuentro con gracejos de payaso.

Esperaba al crítico patriota inteligente y benévolo y me encuentro al viejo *pinche* del «Siglo», con trabuco y sevillana.

Ha querido vd. dar á Nirvana y al autor la muerte con *garrote vil*, y se queja vd, de que en represalia, antes de espirar su víctima, le apriete la mano con el guante de Lucrécia?

¿ *Quid indé* D. Cárlos María?

IX

José Pedro Varela

La mayor mentira que ha dicho don Angel Floro en su vida de perpétuo embuste, es la insinuacion de que alguna vez negué los merecimientos de José Pedro Varela, como educacionista, y puse obstáculos á sus trabajos de reforma en la educacion del pueblo.

La polémica de 1876,—(que no sé porqué D. Angel Floro liga con el desafio de 1871) fué una discusion política, puramente política. Los resultados generales y el desenlace de la Dictadura de Latorre, con las colas que deja, léjos de conmover, han afirmado mis opiniones de 1876 y creo que, en materias políticas, era José Pedro Varela el estraviado, y yo el que se conservaba fiel á nuestro ideal.

Fué áspera la discusion; pero como conozco un poco á los bribones de mi pais, tuve buen cuidado de quitarles todo tema de explotacion maligna, dejando constancia auténtica de que en sus trabajos educacionistas, Jose Pedro Varela contaba con todas mis simpatías.

Mis conferencias fueron publicadas en *El Siglo*. En la primera de esas conferencias (1876) decía:

«No me limito á reconocer en el Señor Varela á uno de mis mejores amigos. SOY GRANDE ADMI-

RADOR DE SU TENAZ PASION, DE SU FORMIDABLE MANIA POR LA CAUSA DE LA EDUCACION DEL PUEBLO; Y PIENSO QUE SI DE SUS PERSEVERANTES ESFUERZOS CONSIGUE POR LO MENOS EL SEÑOR VARELA IMPLANTAR EN NUESTRO PAIS EL MARAVILLOSO SISTEMA DE LAS LECCIONES SOBRE OBJETOS, ESO SOLO BASTARÁ PARA QUE LOS ORIENTALES LE ASIGNEMOS UN PUESTO DISTINGUIDO ENTRE LOS OBREROS DE NUESTRA REGENERACION SOCIAL.»

En la tercera conferencia, (1876) (publicada, tambien en la *cloaca maxima*) decia lo siguiente:

«Bien venida sea la crítica razonada qne señala el mal y abre el camino de la curacion. En ese camino todos hubiéramos acompañado al autor de la *Legislacion Escolar* COMO LO ACOMPAÑAREMOS CON NUESTRAS SIMPATIAS EN TODOS LOS ESFUERZOS QUE HAGA PARA REGENERAR, CON MANO ENÉRGICA, NUESTROS ADTUALES SISTEMAS DE ENSEÑANZA Y DE ORGANIZACION ESCOLAR.»

La causa de la educacion comun, fué siempre nuestro lazo de union. Pasó el polvo de la polémica, y quedó inalterable la amistad. Estaba yo léjos de Montevideo, y nos escribíamos frecuentemente. A pedido suyo, dí forma escrita á las conferencias de educacion que pronunciaba en Paysandú.—y en una de esas conferencias, en oportunidad publicada, – formulé este juicio sobre José Pedro Varela.

«Despues de los Inspectores Departamentales es justo que para terminar, consagre una palabra al Inspector Nacional—que los inspira, los dirige, y centraliza, por decirlo así, el resultado de sus esfuerzos sirviendo de órgano intermediario entre ellos y la Direccion G. de I. Pública, en la cual figura tambien como vice-presidente.

«A estas y otras funciones de la mayor importancia reune el Inspector Nacional, por la posicion en que está colocado y por la mente de la ley, una especie de ministerio del espíritu público en todo

lo que se refiere á la educacion del pueblo. Por sus informes, por sus discursos, por sus publicaciones de todo género, está llamado á mantener la atencion pública sobre el interés vital de la enseñanza, á hacer conocer tanto las necesidades como los progresos de las escuelas públicas; á prestigiar la carrera de la educacion comun, á defender las autoridades escolares de las acusaciones injustas, y á evitar que se estravie la opinion con las sugestiones de la resistencia que las grandes reformas provocan siempre en estas míseras regiones sublunares, y es necesario decir que este ministerio del espíritu público lo ha desempeñado dignamente el Inspector Nacional de I. Pública.

«Sus informes, sus discursos, sus esplicaciones de todo género, son obras que lo honran y que honran verdaderamente al pais, porque no es aventurado decir que en ninguua parte del mundo se habla de estas materias con mejores estudios ó con mayor competencia. Digamos tambien que en su defensa de las reformas realizadas, en su largo duelo con los numerosos adversarios de esas reformas el Inspector Nacional ha estado verdaderamente admirable, porque al sostener con entusiasmo sus principios y sus actos, no ha perdido nunca la moderacion y la calma que son atributo de la verdadera fuerza,—porque ha reconocido siempre el derecho de todos á la crítica y á la censura, aceptando con equidad de ánimo y con espíritu despreocupado en sí mismo, todas las agitaciones de la lucha, una con sus injusticias y violencias, tan frecuentes y tan disculpables en la vida de nuestra democracia embrionaria.

«Comprendo que en estas últimas consideraciones no hago mas que dar razon al reproche que particularmente se me ha dirijido de que mis conferencias deberian titularse *Defensa del Inspector N. de Instruccion Pública.*—Acepto de plano el reproche.—Creo por el momento identificado el régimen actual

de educacion comun con la persona del Inspector Nacional, porque, sin desconocer el mérito de sus colaboradores, es él quien ha implantado ese régimen, él quien lo sostiene y él quien se encuentra con aptitudes excepcionales para hacerle producir todos sus frutos.

«Hay en nuestra raza un defecto de que debemos curarnos, somos intemperantes en la crítica, implacables en el ataque personal y al mismo tiempo muy párcos en el elogio justo, muy avaros del homenaje desinteresado.

«Obedecemos en esto á una falsa tendencia democrática, á un sentimiento pernicioso de esas democracias niveladores, que despues de haber destruido las superioridades artificiales é injustas de la sociedad antigua, pretenden destruir tambien las superioridades legítimas y naturales de toda sociedad humana. Precisamente cuando el pueblo es dueño de su destino y se gobierna á sí mismo hay una necesidad suprema de que reconozca y respete las superioridades que dá el talento, el estudio, la virtud, los servicios al pais, porque solo por ese medio podrá elevarse á sí mismo en la escala de la inteligencia, de la cultura y de la moralidad.

«La bandera del espíritu moderno, la bandera de nuestra regeneracion social, está en las manos de D. José Pedro Varela. Si militamos bajo esta bandera, no tengamos embozo en honrar al abanderado.

«Yo por mi parte me complazco en saludarlo desde esta tribuna con el título que ya le han dicernido las simpatias populares: con el título de Horario Mann Oriental»

Ahí está!

Escribirá mas elocuentemente D. Angel Floro su panejírico de José Pedro Varela, pero no sobrepasará en admiracion y entusiasmo al homenaje que yo le supe tributar en vida. Su panejírico es interesado, porque sólo se propone con él dar tintes

odiosos á la hostilidad que me atribuye, mi homenaje era desinteresado, y tanto mas sincero cuanto que al dia siguiente de la muerte de José Pedro Varela me negué á recoger su herencia, justificando asi que mi posicion política era muy diversa de la suya.

Crea D. Angel Floro que me ha proporcionado un buen momento, dándome ocasion de recordar esos antecedentes. Cuando D. Basilio decia que de la calumnia algo queda, no se referia á las calumnias de hombres tan locos y tan conocidos como D. Angel Floro.

RÉPLICA

IX

José Pedro Varela

A esta altura de su réplica, mi amable contradictor, adquiere ya la temperatura del *delirium tremens*—Un poco mas, y se produce inevitablemente la combustion espontánea.

Olvidando que *la moderacion y la calma son el atributo de la verdadera fuerza*, se ha idopoco á poco hinchando como el batracio, hasta despedir de sus pústulas el humor fétido que es precursor de la catástrofe.

Al paso que vá reventará vd. sin remedio, mi estimable amigo, y ese será para mí el mayor de los desconsuelos—no obstante que por la clasificacion que ha hecho vd. de *mi estado mental* me creo exento de toda responsabilidad.

¿No seria mejor que mi exelente amigo no me hubiera hecho caso, ya que tanta dificultad debia en-

Pero volvamos á Varela.

Tan fué cierto que su objetivo fué no solo zaherir al político, sinó desprestijiar al educacionista, que recuerdo bien que toda la polémica giró sobre sus métodos de enseñanza, y mediaron en abundancia cifras estadísticas, para probar por su parte que el estado de educacion entre nosotros, no era tan desastroso como lo bosquejaba Varela, y por la de este para demostrar lo contrario en justificacion de sus trabajos.

Porque ha de saber vd. mi estimable Cárlos, que hay dos clases de patriotismo: el que no adula al pais, ni á sus conciudadanos, y tiene el coraje cívico de decir la verdad, consagrándose con abnegacion á curar los males que apunta—y el patriotismo de los que halagan las preocupaciones ó la vanidad nacional, para hacer de ellas el escabel de su falsa popularidad.

El primero fué el patriotismo de Varela, y es el mio tambien—y el de todos los hombres de corazon sano y sin celos en el alma—el segundo es el patriotismo de los grandes *líricos*, de los *mediums* de las instituciones, que tienen el raro privilegio de comerciar con los *espíritus*—y de recetar *triacas* infalibles para todas las dolencias sociales, á condicion de espenderse en las boticas de su comandita política—y ese patriotismo es el suyo, mi querido amigo.—No ha probado tener otro

Por eso pretendió vd. despedazar á Varela como hoy pretende despedazarme á mí.

No he negado que vd. haya reconocido mas tarde su error, ante el sonrojo que debió causarle su cruel egoismo—y con las transcripciones que vd. hace, no *rectifica* lo que he afirmado, sino que lo *ratifica* y amplía.

Por eso he dicho que *despues de tres años, poco antes que exhalara aquel grande obrero su último suspiro, se dignó recien, apercibido de su error*, rendirle PLENA Y LUMINOSA JUSTICIA.

Plena y luminosa justicia,—ya lo vé vd., no he querido despojarle de mérito alguno—si, Señor; pero se lo rindió vd. cuando ya el apóstol triunfaba; cuando ya las fiestas esplendorosas y radiantes de la educacion, difundian los écos de la victoria por todos los ámbitos de la Nacion,—écos que no era estraño llegasen hasta vd. que habia ido á enfundar su orgullosa Durindana á uno de los mas lejanos confines de la República.

Y sabe vd. como anunció «El Siglo» esa fiesta en que por vez primera bajo el dosel de la patria, veíanse congregadas en torno de la luz del nuevo evangelio las nuevas jeneraciones mensageras del porvenir?

De este modo—en un solo renglon perdido allá en su gacetilla entre anuncios de defunciones y pedícuros.

¡¡¡ Ayer tuvo lugar la distribucion de premios en Solis!!!

Si, Señor, así dió cuenta al pueblo «El Siglo,» bajo la inspiracion del gran *ciudadano* Albistur, (el gran *posibilista*, el grande amigo de la educacion popular)—de aquel desposorio solemne de la Patria con el Porvenir.

Porque es de este modo, mi querido amigo, que han procedido siempre los hombres de su grupo ó escuela política: amantes platónicos de los dogmas liberales pero á condicion de que los sucesos les entreguen al Estado mayor de los principios, para distribuirlos como el pan de municion, á racion diaria en el resto de sus conciudadanos.

Por eso cuando ven burladas su imprevision ó sus cálculos, por otros mas aptos y abnegados que saben realizar sus grandes aplicaciones en el terreno de los hechos, se encienden en celos eunucos brotando de cada pecho ódios implacables, prevenciones indelebles contra todo el que se ha permitido dejar inconsulta su infecundidad.

De ahi tambien las persecuciones que en nuestra patria ha merecido siempre de su escuela, toda heterodoxia irreverente, pero creadora y fecunda contra la que ella ha empleado todas las armas del viejo ultramontanismo—diatriva, injuria, insulto, zumba, *tarifas tipográficas*, la conjuracion del silencio, calumnias; befa, risa, sarcasmo, mofa, y hasta esa clase de *tracasseries* del jénero de las que he de probarle no ha desdeñado vd. mismo echar mano contra mí en esta polémica.

Que tardára vd. *dos ó tres años*, como yo digo, en hacerle justicia, ó que se la hiciera al año ó á los seis meses como vd. dá á entender, eso no quita fuerza á mi argumentacion, antes por el contrario la robustece, porque en cada una de estas páginas vengo demostrando *con hechos y con sus propias confesiones*, no con palabras huecas, irrespetuosas ni bombásticas, las SÚBITAS REACCIONES DE SU ESPIRITU Y SUS FÁCILES ARREPENTIMIENTOS.

Por eso no le admito, ni puedo admitirle, cualquiera que haya sido el grado de *admiracion y entusiasmo que vd. llegase á tributar en vida á Varela*, que su *panejírico* fuera ni sea mas *desinteresado* que el mio.

Y aqui tambien debo felicitarme del *buen momento que vd. me proporciona, dándome ocasion de recordar algunos antecedentes* sobre mis relaciones particulares con Varela, creyendo empero al reves de vd. por lo que hace al dicho de D. Basilio que *de la calumnia algo queda*, pues tengo para mí que cuando eso dijo aquel gran socarron, ya sospechaba la aparicion de una raza de polemistas, tan hábiles como el avestruz, que esconde la cabeza bajo las alas para hacerse invisible y escapar á los golpes de sus perseguidores.

Creo es materia que algo interesa á sus lectores, por eso voy á detenerme en ella un tanto.

Su *admiracion*, su *entusiasmo*, como su *homenaje*,

como he dicho, vinieron muy tarde—y por eso mismo ante la historia será siempre muy equívoca su *espontaneidad.*

Despues de haber mantenido con el grande obrero, una *discusion áspera* (sic), le hace vd. *plena y luminosa justicia.*

Enhorabuena—Mas—¿porqué no se la hizo antes? ¿Porqué no escusó esa estemporánea disputa, dejando de cruzar con ella *los primeros pasos del apóstol?*

Quién lo hace á vd., cuando todavia nada sério ha producido que valga la pena, censor vitalicio de las producciones de todos sus contemporáneos?

¿Porqué en vez de ayudarle salió vd., *lanza en ristre*, reprochándole desplegase sus alas y sus esfuerzos bajo la dictadura?

Hoy mismo, ¿no lo cree vd., *estraviado* en esa parte?—Y sin ese *estravío*, era posible la obra de Varela?

¿Qué buscó Varela al aproximarse á la dictadura?

Voy á decírselo, aunque vd. en su rabiosa intransigencia, crea que abogo algo *pro domo mea*, por que pienso que aun no se ha filosofado lo bastante sobre ese sentimiento, inclinacion ó instinto que empuja en nuestro desgraciado pais, á la mayor parte de los hombres útiles y prácticos, á buscar la sombra del poder, sea cual sea su composicion, cuando pretenden dar cima á sus grandes concepciones.

Despues de algun tiempo que un hombre inteligente y práctico estudia aquella sociedad, se llega á este resultado, que para mí constituye el fondo de una conviccion íntima é incontestable.

No es posible realizar en ella nada grande, nada trascendental, nada práctico en materia de organizacion social, sin el apoyo del poder—mande quien mande.—Esto es desolador, lo comprendo, pero es la verdad.

Tan grande es el inmenso cúmulo de resistencias que la emulacion, el amor propio, la envidia, la crasa ignorancia, la feroz intransigencia, las inmensas pretensiones de los hombres y las ambiciones febricientes de los círculos suscitan á cada paso al pensamiento y á la voluntad!

El que se siente con una idea creadora y fecunda en la cabeza y con el fuego patriótico en el corazon, sino se decide á corromper ó corromperse, sabe de antemano que tiene que gastar las tres cuartas partes de su vitalidad y sus fuerzas inteligentes en combatir todas esas resistencias celosas, y cuando llega al fin de la jornada, si llega, es sin aliento y sin fuerzas, cargado de hastio y desencantos en el alma.

El camino popular, pues, es y será siempre entre nosotros, como en todas las sociedades pequeñas y henchidas de aspiraciones y de celos, un mito, ya que no el camino de la *viacrucis*—El camino del poder, casi siempre, es el camino del éxito.

Es preferible transar con un mandon, que inclinarse y prostituirse ante las veleidades de mil.

Hay en ello ahorro de fuerzas y capitalizacion de enerjías.

Tal es el secreto de ese instinto mezclado de desesperacion que empuja á casi todos los hombres verdaderamente superiores en aquel pais á transar con el poder, y desafiar con él á la infecunda algazara de las oposiciones.

Tal es la razon que á mi juicio impulsó á Varela á buscar ó aceptar la alianza con el gobierno dictatorial de Latorre.

La prueba inconcusa de que sin esa alianza no habria realizado nada, nos la ofrece su conducta misma, estimable amigo, nos la ofrece la actitud de la prensa, *soi dissant* liberal, que unida y compacta mas que otra alguna hostilizó desde el primer dia, de todos modos, los pasos del apóstol.

Todavia recuerdo entre mil episodios vergonzo-

sos de la intransigencia de aquella época, lo que ocurrió en la gran distribucion de premios del 79 hallándome yo en esa.

Varela, postrado hacia un año y medio en cama, sentia animarse su espíritu al aproximarse aquel dia, en que por tercera vez iba á ver solemnemente coronados sus esfuerzos.

Pero débil y exánime, fué necesario le acompañara al proscenio de Solís su nobilísima esposa, á la que acompañaban á su vez varias damas y señoritas de su familia, y de lo más distinguido de la sociedad oriental.

Pues, bien, al dia siguiente daba cuenta del hecho la «Razon» con hiriente y procaz sarcasmo, motejando como un rasgo de vil adulacion hácia el gobierno, la inocente presencia en aquel acto de todas esas distinguidas damas—honra y prez de la sociedad oriental.

¿Quiere vd. ver ejemplo, de un salvajismo semejante?

Entretanto «La Razon» y «El Siglo,» son hoy los que mas incienso gastan á la memoria del apóstol,—prueba evidente que al combatirle sacrificaban la justicia que hoy le tributan, en aras de sus mezquinas pasiones.

Ni el bien mismo querian lo recibiesen las nuevas jeneraciones de Latorre.

No tenian el coraje de atacar de frente á éste, y atacaban al grande y abnegado obrero consagrado en cuerpo y alma al porvenir.

Hoy que no está Latorre, le hacen la justicia que le negaron en vida, pero para esplotar su memoria como una arma contra el clero, al que su liberalismo rojo y de dos caras, pretende poner fuera hasta de la ley comun.

Nunca fué otra la táctica principista.

Yo me he encontrado en un caso análogo á Varela y he sido víctima de esos furores—lo soy hoy mismo, y lo será mañana todo aquel que con una

idea en la cabeza, y un sentimiento en el corazon, no rinda vasallaje al *papismo* de esa secta y no pague en su mísera *aduanilla* el tributo de su misericordia.

Despues de lo que prueban estos hechos—¿qué méritos, pues, tienen sus homenajes; qué mérito los del «Siglo», qué mérito los de la «Razon,» y en suma, los de todos aquellos que arrojaron piedras por toneladas en los rieles por donde debía cruzar el carro del apóstol?

¿He hecho yo algo de eso con Varela, ni con nadie, mi querido amigo?

Cite vd. el caso—precise algun hecho que me ponga, en cuanto á intransigencia, al bajo nivel de su rabiosa escuela.

Yo lo exhorto á ello—yo lo conjuro—no dragonée ni divague, mi querido Cárlos—mire que vd., tiene esa costumbre.

Vd. emplea palabras tremendas, espeluznantes, como los chinos sus figurones de carton, para infundir pavor al enemigo é impresionar á las jentes.

Habla de *fraudes, de sustraccion de párrafos, de bellaquerías crónicas, de rencorosas calumnias, de mentiras de raja cincha, de mientes como un condenado, de fallas en la honradez y en el patriotismo de los hombres—de picardías, de patanes, de trapalones—de procesos de la peor especie,*—y hasta ahora ha aducido un hecho concreto, uno solo, para justificar la menor de esas injurias é insolencias.

No es este el tono ni el deber de un polemista culto.

Vd., es el primero en violar como siempre sus prescripciones.—Copio su párrafo y le aplico con costas su sentencia.

«Hay en nuestra raza, dice vd., un defecto de «que debemos curarnos.—Somos *intemperantes en «la crítica, implacables en el ataque personal,* y «al mismo tiempo muy parcos en el elogio justo,

«muy avaros del homenaje desinteresado» (párrafos de la IX.ª rectificacion.)

Si, pues, vd. mismo reconoce que es el peor de los vicios ser implacable en el ataque personal, é intemperante en la crítica. ¿Porqué lo fué con Varela, porqué con Magariños, con Torres, con Bustamante y otros?

¿Por qué lo es, porqué lo ha sido conmigo?

¿Por qué no aprende á dominar su soberbia, y sus pasiones y predica con el ejemplo?

¿No vé que está haciendo lo del Padre Balbastro que predicaba un largo sermon contra el juego, y á lo mejor de la parte patética, se le cae la baraja de la manga?.....

Pero todavia no le he probado en pocas palabras y algunos hechos que mi homenaje á Varela es y fué desinteresado siempre, y no viene cual el suyo como emoliente despues de un cáustico.

Le manifesté siempre mi admiracion y mi respeto, no á su usanza con un abrazo de cariño y una oda apolojética despues de una *áspera* paliza—sino por los medios que todo hombre prudente y culto emplea en el trato sincero y leal con sus amigos.

Lo que acabo de vertir sobre él con ocasion de este debate, es muy poco para lo que tenia escrito en un largo y entusiasta *panejírico*, que para contestar al «Siglo» debí dar á la prensa, el mismo dia que su Señoria D. Lorenzo Latorre, me impuso autocráticamente silencio, en la forma suave, pero *significativo* y de usanza en aquellos tiempos.

De ese trabajo dí lectura dos ó tres noches antes en su casa al Dr. D. Juan Cárlos Blanco, concuñado del Sr. Varela, y él le dirá si mis conceptos arrancaron ó no algunas lágrimas á sus ojos.

Tambien le lei algunos párrafos de él una mañana en mi estudio al Sr. Dr. Jurkwoski.

En ese artículo, entre otras cosas, despues de bosquejar los méritos del hombre, exhortaba al Gobierno á que salvase la vida preciosa de Varela man-

dándole viajar por cuenta de la Nacion, esto es con licencia, retencion de su empleo y sueldo íntegro, como se hace en todas partes del mundo con los hombres eminentes que sacrifican su vida en holocausto de los pueblos.

Aun me lisonjea la idea que si lo que yo aconsejaba se hubiera llevado á cabo entonces, Varela viviria hoy para su familia y para orgullo de su patria.

Pero recuerdo con profundo desencanto que nadie me escuchaba, fuera del círculo de uno que otro miembro inteligente de su distinguida familia—Entre ellos cúmpleme hacer justicia á los elevados sentimientos del Dr. Blanco cuya impotencia, hasta para alzar la voz en holocausto de la salud del hermano, notoria era en aquellos tiempos.

Varela estaba exhausto por el exesivo trabajo mental—el reposo y los viajes hubieran devuelto las fuerzas á su deteriorada organizacion, y habríamos salvado una de esas naturalezas privilejiadas, que no producen todos los dias las naciones, y que son luego su orgullo y su gloria.

Es por esta política, que conservan vivos y honrados la República Arjentina, Chile y otras naciones todos los grandes hombres que han producido en los dos últimos tercios del siglo

Quizá por estos sentimientos que si quedaron *inéditos* para el público, no quedaron para Varela ni su familia, merecí ser obsequiado por esta con un bello retrato del malogrado amigo, encargándose al Dr. Blanco fuese el intérprete de sus sentimientos para conmigo.

Ya ve, pues, mi jóven amigo, si puedo levantar la voz y hacer el panejírico del apóstol, con la elocuencia, no de la frase, sinó del corazon—corazon que no ha herido jamás por que no sabe herir, ni de frente, ni por la espalda—pero que sabe amar sin cálculos y sin arrepentimientos

Tal es el secreto de mi elocuencia, si alguna tengo.

Le saludó vd., dice, *con el título de Horacio Man oriental* (frase que no es nueva, pero pase),—pero lo saludó vd. *despues de haberle vaputeado por sus* ESTRAVIOS *políticos* y educacionistas.

Yo no he ido tan alto en la frase, pero fuí siempre mas allá que vd. en el respeto, la circunspeccion y el sentimiento.

No me dí nunca aires de ser su imitador, adoptando la profesion viajera de improvisado educacionista, porque nunca se me ocurrió despojarle de algunos de los florones de su gloria.

Mas, en cambio, fuí siempre su modesto amigo y él lo fué mio—y de ello dí y recibí innumerables pruebas.

No me hice conferenciante ladino para hacer su teatral defensa—porque tampoco tuve necesidad de borrar con el codo lo que habia escrito con la mano, neutralizando con afectos equívocos y tardios el mal efecto que en la opinion pudieran dejar censuras de que siempre me abstuve—lo que no sucedió á vd. mi estimable amigo, que alzó su vuelo para acompañar al apóstol, cuando este ya no necesitaba, ni de sus alabanzas ni de sus alas.

—*No quiso recojer su herencia.*—Falta saber si se sentia con fuerzas para ello ó si le convenia dejar su ya productivo estudio, por las azares de un modesto sueldo.

—*Justificando asi que mi posicion política era muy diversa de la suya.*

Su posicion política!!

Mas, ¿cómo entónces se atreve vd. á alabar y preconizar en Varela, lo que dice no habria hecho sin repugnancia de su conciencia cívica?

¿Como es eso?—¿Lo enaltece como educacionista y lo condena á *outrance* como político?

Rara lógica.

Aplaude al marino—le contempla grande y sublime en las tempestades, pero le reprocha haberse embarcado.

¿Es vd. entonces de los que pronuncian discursos ampulosos de *animémonos y vayan*—en tanto que solo crée digno de su majestuoso puritanismo quedarse en la orilla?

No, mi amigo, eso no es serio ni justo.

Varela debió embarcarse aunque la nave estuviese desmantelada é hiciese agua - Debió é hizo bien en seguir su destino.

Las nuevas jeneraciones le tienen ya en cuenta su abnegacion, que todavia calumnian sus contemporáneos.

Varela embanderado en la corriente *principista*, tan aristocráticamente intransijente como orgullosa, tan fátua como infecunda—no habria pasado de ser un poeta—Vds. prestan á todo la sombra del manzanillo.—Embarcado de grumete en la nave de la dictadura, llegó á ser un Nelson; su nombre está ya escrito en la historia, y los reflejos de su gloria son los únicos que algo iluminan todavia la opaca figura del antes omnipotente dictador.

No seria tan grande su triunfo si la presion de la justicia no obligase á sus difamadores á preceder como los lictores su carro ante la lejana posteridad.

Tal es la historia—destrúyala vd. con hechos—no con palabrotas descorteses y jactanciosas.

A. F. C.

X

Azote gratuito
de los mas esclarecidos ciudadanos

Asi me llama D. Angel, para hacerse la ilusion de que él es tambien un *ciudadano esclarecido.*

Le he demostrado que estoy en *entente cordiale* con D. Alejandro Magariños Cervantes, - que nunca he dicho nada que valga la pena de D. Juan Maria Torres, ni de D. Francisco Bauzá, y que fuí un apolojista entusiasta de José Pedro Varela, apesar de nuestras disidencias políticas.

Don Angel Floro quiso azotarnos con su *Nirvana*; que es un libelo contra la Nacion Oriental No me arrepiento de haber azotado al autor de este libro; y aun me propongo continuar la tarea.

Se me atribuye un papel que no he tenido ni tengo. Mi posicion ha sido siempre secundaria, y mis pecados no pueden ser en ningun caso tan capitales como lo hace creer D. Angel. He abundado siempre en sentimientos benévolos; y por cuatro ó cinco nombres que falsamente se invocan, para justificar lo contrario, podria citar docenas que merecieron mi homenaje. No hablaré de los correligionarios; porque diría D. Angel que es la *Sociedad de admi-*

racion mútua. D. Tomas Villalva. D. Juan Cárlos Gomez, D. Adolfo Vaillant, D. Agustin de Vedia, el Dr. Berra, D. Eduardo Acevedo Diaz, el Dr. Aguirre, (1) el Dr. Zorrilla de San Martin, el Dr. Castro, y muchos otros que jamás estuvieron en comunidad política conmigo han recibido público testimonio de la justicia que hago á sus merecimientos de diverso género. Jamás he tenido una palabra de crítica para alguno de los jóvenes que empiezan su carrera literaria, y sí muchas palabras de estímulo. Jamás he negado mi concurso á las ideas útiles; y he sido siempre obrero en todas las asociaciones que han pedido mi cooperacion.

No me reconozco en el retrato que hace de mí don Angel Floro, y es verdaderamente cómico, que asi pretenda caricaturarme quien ha vivido siempre peleado con los diversos círculos de la emigracion oriental en Buenos Aires, y cuando volvió á su pais se peleó con los principistas porque no adulaban á Latorre, y se peleó despues con este, porque no le pagaba sus adulaciones dándole el Banco Nacional; y fué á pelearse con don Pedro Varela porque no derrotó á Latorre con los tres mil patacones de la retroventa; y vive y vivirá siempre peleado con todo el mundo, siendo su nombre el que más ha sonado en el Rio de la Plata, asociado á cuestiones y procesos de la peor especie!

Ay! de usted Señor don Angel Floro si yo quisiese levantar, una punta del velo de su biografia, como usted pretende hacerlo conmigo, pero no seguiré su ejemplo. ¿Generosidad? Talvez y tal vez que demasiado se le conoce á usted en estas tierras!

Desciende usted hasta señalar la circunstancia de no haber tenido hijos en mi matrimonio, para esplicar la violencia que atribuye á mi carácter.

---

(1) En prensa estas páginas y encontrándome en Montevideo, leo en los diarios «Plata» y «Democracia», la polémica que sustenta el Dr. Ramirez con el Dr. Aguirre.—Recuerdo este incidente como la mejor refutacion de estas páginas.

No he formado ni educado una familia!

Ay! señor don Angel! se busca usted unas respuestas, que yo me resisto á darle, porque me he propuesto no salir de los límites de la defensa estrictamente necesaria para desvanecer sus calumnias.

Puede agradecérmelo.

C. M. R.

RÉPLICA

X

Azote gratuito de los mas esclarecidos ciudadanos. Asi me llama D. Angel para hacerse la ilusion de creer que él es tambien UN CIUDADANO ESCLARECIDO.

No, señor, no he tenido tal pretension; por que precisamente conociendo, *no los bribones* como vd. dice, sinó los *quijotes* y los *fátuos* de mi tierra, tuve la precaucion de intercalar esta frase—SEPARE VD. EL MIO—al enumerar los muchos nombres ilustres que vd. ha flajelado.

Ya vé, jóven Doctor, que me calumnia, hasta queriéndome hacer pasar plaza de necio.

Que esté vd. ó no hoy en *entente* cordial con algunas de sus víctimas de antaño, eso ya le he probado lo que únicamente significa, mi caro é irreflexivo Camilo.

¡Que haya vd. gastado, en *diez ó doce años que vive en la prensa*, algunos piropos con algunos de sus adversarios políticos—ya sabe vd. como puede eso interpretarse, mi querido *peluconcito*.

No obstante, no quiero, ni pretendo empañar el mérito de los elojios que haya vd. prodigado, por que los creo muy merecidos—pero, no se jacte de

haber sido justo en algunos casos, cuando ha sido una calamidad, un verdadero *azote* en otros.

No me reconozco en el retrato que hace de mí D. Angel Floro.

Talvez se reconoce vd. como se reconoció Julio IIº en los frescos de la Capilla Sixtina, sin tener por eso la pretension de compararme á Bonaroti.

De lo contrario, no habría perdido vd. los estribos y habria como yo afinado la frase—escondido y pulimentado la pasion—y amanerado el semblante con lá sonrisa del Pórtico.

Solo al que le falta razon, se enoja—solo la debilidad y la impotencia gruñen, se enfurecen y se propasan.—Jupiter, Jupiter tu te faches—tu a tort Jupiter—¿Se ha olvidado ya de Orfée aux enfers?

Confiese que vd. estaba demasiado engreido para respetarme—No estaba hecho á la contradicion culta, ni á la polémica literaria de largo aliento.

Le han faltado hasta ahora adversarios con quienes poner á prueba sus *teorias* sobre la *temperancia personal.*

Talvez le he magullado un poco, pero con la *sabat* y el *guante* inofensivo de los boxeadores.

Deploro asi mismo, haberlo aturdido, pero me consuela la idea de no haberle hecho daño.

Su pellejo?—Intacto—Su honra?—Ilesa—Su reputacion de maton literario?—Eso, si, algo conmovida ¿Su reputacion política? Tambien algo deteriorada.

Carlitos, no será de hoy mas, lo espero, el *Plesiosaurus* de nuestros desgraciados tiempos jurásicos.

El *Ursus spœleus* de nuestra edad de piedra. Sabrá respetar á los que fueron sus maestros (1), que aunque mulos de paso, suben y bajan la cordillera sin *apunarse,* lo que no sucede á los potrillos mosqueadores y estrelleros de las *arrias.*

---

(1) Yo lo fuí del Dr. Ramirez de Geofrafia y Astronomia el año 1862 en la Universidad.

Es verdaderamente cómico que asi pretenda caricaturarme quien ha vivido siempre peleado con los diversos círculos de la emigracion en Buenos Aires, dice vd., y yo le contesto con Shakspeare *words, words and words.*

Precise vd. hechos, diga vd. con quién ó con que círculos políticos me he *peleado*, pues, por el contrario, me he preciado siempre de ser atento y cortés, conservando buena relacion con todo el mundo, á punto de que soy acaso uno de los pocos orientales que cultivan amistades entre todos esos círculos—siendo muy clara y evidente la razon, desde que siempre he considerado la política como una ciencia superior á mis conocimientos y predicado la tolerancia con la palabra y el ejemplo.

No basta un rasgo atrevido de su pluma para desfigurar lo que está escrito en cientos de pájinas y constituye la mejor presea de mi carácter.

Mas, si por *pelear* entiende vd. las agresiones ó resistencias que un espíritu filosófico y levantado, haya podido suscitar entre algunos críticos intransigentes, entónces digo que vd. tiene razon, por que yo sé que aquí como allí hay tontos y fanáticos que no me quieren (uno que otro por suerte) y que harian en su *santa simplicitas* un auto de fé de mis escritos y una danza caribe con mis huesos.

Prueba palmaria y contraproducente de la falsedad de sus asertos, son sus propias referencias acerca de lo que pasó al *volver á mi país*, pues, es constante y público que jamás inferí *personalmente* á nadie el menor agravio—ni busqué polémicas con nadie y soporté todo cuanto pude las agresiones é injurias calculadas de algunos diarios.

Pero es cierto tambien que acosado primero por la prensa *principista*, (no por todos los principistas) que me tiró con cortados y bala roja—y por los Latorristas despues, recojí el guante y me defendí como pude,—pero siempre con nobleza, sin usar de cartas y documentos que pudieran compro-

meter á mis propios adversarios (1), y honrando la prensa de mi patria con la mesura de la frase y la seleccion del lenguaje.

Apelo de lo que digo al testimonio de sus propios correligionarios, y entre ellos, al de sus propios hermanos D. José Pedro y D. Gonzalo.

Y aun asi mismo recojí el guante—¿cuando?

Despues de estar harto de ver estropeado mi nombre con frases y motes del peor género, y de oirme llamar aventurero, hasta por un estrangero, *en mi propia patria* si, señor, porque hasta ese calificativo, merecí del reposado caballero Albistur, que desde tres mil leguas ha venido á caer en ella envuelta en los equívocos remolinos de una tromba diplomática.

Cuando la demencia y la falta de cultura y de respeto personal llegan á ese punto ¿que hay que decir?—¿Qué hay que pensar de una sociedad víctima de todas las tiranias y prepotencias, incluso la de una prensa *nacional* escrita por condotiere y advenedizos?»

Cuántas veces me he representado á ese titulado *decano* de nuestra prensa, y á la embelasada cohorte de necios imitadores de su estílo, como al viejo Rey Eduwino de que nos habla Gœthe abriendo el seno de la Montaña y soltando al pilllaje su repugnante, pero alegre tropa de enanos!

La desolacion y el embrutecimiento, reinarán siempre en los paises en que hasta ese punto es avasallado por el egoismo y la ignorancia el sentimiento nacional.

¿Me faltó razon, pues, para decir lo que entónces dije, que habia *encontrado el canibalismo en sus riberas?*

---

(1) Habia dirijido varias en esos dias á las personas mas caracterizadas del partido principista, las que me fueron contestadas satisfactoriamente, pero cuyos conceptos harto imprudentes para la época, hubieran ocasionado con su publicacion desagrados á sus autores.

Ahora mismo,—no me niega vd. y otros como vd. el agua y el fuego, porque me resisto á pensar de otro modo que por mi cuenta?

Es de ese modo como el *Lábaro de los principios* estiende los brazos á los miembros dispersos de la imfortunada familia oriental?

¿Es asi como realiza sus visiones fraternales en el terreno de la vida práctica?

¡Oh, y quiere vd que abandone mi *lábaro*, que al fin es humano, como que es el de todas las gentes que pueblan el orbe, por aquel que solo despide desde las cumbres líricas del Sinai del orgullo y de la intolerancia, rayos y calumnias contra sus hermanos?.....

.....

Vive y vivirá peleado con todo el mundo.

No señor, yo suelo disentir de opiniones, y discutir con mas ó menos vehemencia—pero no me sé *pelear* con nadie,—ni comprometer jamás por cuestiones de opinion, los deberes de hidalguia y urbanidad que he mamado en la cuna.

La prueba de ello la tendria en vd mismo, si fuese cierto que le he soportado todas sus *severas franquezas* y sus *amargas verdades*, en su *propia casa*, donde los hombres cultos y bien educados, jamás alzan el gallo, ni hacen lujo de desatencion, abusando de la confianza que hayan podido conquistar sobre la moderacion de sus amigos.

¿Y que decir de los que todavia se jactan públicamente de haberlo hecho y sienten lisonjeado su pueril amor propio con esos timbres de abrumadora arrogancia?

Cualquiera, pues, que sea la notoria civilidad y tolerancia de mi carácter, convendrá vd. que yo no he podido impedir que se *peléen* conmigo como hoy lo hace vd., cuantos intransijentes y montaraces hay en esa tierra, ni que me traten con malevolencia ó frialdad, y hasta me nieguen el saludo, por el solo crímen de no asociarme á la profundidad de sus

vistas políticas, de batirles la pabana cuando me apuran la paciencia, haciendo un poco de sátira con su *sílabus*, y en algunos casos hasta arrancando con cultura la máscara á los Tersites, que quieren darse aires de Fociones.

¿Constituye todo eso un crímen que me ponga fuera de la ley social?

No lo creo.

Se hace odioso y temible un carácter agresivo, egoista, dominante é intransijente como el suyo.—Pero quién como yo solo saca el florete de su escepticismo para defenderse, jamás para agredir á nadie—á quien sinó á la envidia menguada y rústica puede infundir celos y prevenciones?

No es vd. envidioso?—Y entónces, ¿porqué vapulea á todo el mundo?—¿Porqué vulnera mi persona y deja intacto mi libro?

¿Qué mal le he hecho yo *personalmente* á vd. ni á nadie, para caricaturarme en el Plata, segun tiene vd. el franco desden de confesarlo?

No queria vd. ensalzarme?—Pero tampoco debió velipendiarme.

Entre periodistas cultos, entre hombres de letras intelijentes, y amigos, no rezan las consideraciones de urbanidad é indulgencia?

Pero dice vd. D. Angel Floro quiso *azotar á su pais en su Nirvana, que es un libelo contra la Nacion Oriental, y por eso no me arrepiento de haber azotado al autor del libro y aun me propongo continuar.*

No tal; Nirvana, ni es un azote ni un libelo contra la Nacion Oriental, sinó un libro de crítica contra los vicios, los males profundos y los antagonismos que comprometen la vida de la Nacion Oriental,—en la que tengo yo mas interés que vd. desde que soy nativo de ella y *vd. no lo es*—razon por la que siempre será mas sospechosa su personeria y su palabra en estas cuestiones, que la mia; mayormente estando como está de por medio la espresion de

agravios que he formulado y probado contra la patria de su nacimiento, que fué en todo tiempo la Rusia famélica que ha destrozado á jirones la mia.

Vuelva á leer á Nirvana y dígame quien ha pintado con dolor mas profundo los infortunios de la Nacion oriental, y quien ha revelado á sus conciudadanos, con mayor sentímiento y verdad, los abismos que se abren á sus incautos pies,—abismos, mi querido amigo, en los que Dios sabe si antes del fin del siglo no naufraga mi patria, como quiera que esté reservado á vd. como uno de tantos ílustres brasileros que la habitan, salvar el arca con las pocas especies destinadas á repoblarla de nuevo con hombres de su raza.

Concibo bien, por lo mismo, el desagrado qne en su falsa posicion en nuestro pais deben haber á vd. causado mis amargos sarcasmos contra el suyo—comprendo todo el motivo de su irritacion, ante el cuadro sombrio de los eternos martirios de mis conciudadanos—error y vergüenza, que vd. en su noble espíritu y filántropo corazon, habria querido ahorrar á su patria y á la historia, pero á mi no me era posible por temor de incurrir en sus enojos dejar de cumplir con deberes de alta y trascendental patriotísmo, lleno de ese egoismo inflexible que no tiene mas que un norte, la salvacion y el engrandecimiento de la patria.

Y aun me propongo continuar con la tarea dice vd.

No lo dudo, yo sé que vd. tiene un interes contrario al mio en desfigurar los hechos que acusan el antagonismo de los dos paises.

He descubierto esa tendencia en todos sus escritos, lo que nada me estraña, pues, es táctica que emplean todos los escritores de su nacion, desde sus primeros hombres de estado hasta los colegíales de provincia.

¿Por ventura ha visto vd. alguna vez, como dice

Alberdi, que el usurpador ó el ladron prevengan al usurpado acerca de sus intenciones?

Sé, pues, que asi que se reponga, ha de volver á aparejar su rocin y hacer rumbo á las *justas de Zaragoza*, donde quiera Dios no tropiece con algun Caballero de la Blanca Luna que dé en tierra, molido y trasudado, con andante y con jamelgo, y le obligue á jurar, pése á toda la morisma *que ha de vivir un año sin hechar mano á la espada en paz, tranquilo y provechoso sosiego, para aumento de su hacienda y salvacion de su alma.*

Pero le aconsejo que si á eso se decide, no vuelva á hacer lo que ha hecho esta vez conmigo.

Si me ataca—no me cierre las columnas de su diario para defenderme.

No postergue intencionalmente mis artículos, ni se olvide que soy su huesped para relegarlos al último rincon de su diario.

No los deprima en los sueltos de sus gacetillas previniendo contra ellos la opinion de sus lectores.

No los corte ni los trunque, dejándolos defectuosos en su sentido, para intercalar sus rectificaciones.

Y por último, que cuando se le dirijan telégramas con *contestacion paga*, pidiéndole sus columnas para dar respuestas á sus rectificaciones, no guarde silencio profundo, obligando á sus calumniados á imprimir folletos y gastar dinero para levantar sus brutales invectivas.

Vd. dirá como siempre, que nada de eso ha hecho, y yo le diré que sí, y se lo probaré con solo recordarle que se negó vd., á transcribir el juicio crítico del general Mitre sobre mi obra, á pretesto que *era fiambre!* (Plata, núm). y poniendo ante su vista los sueltos, y fechas en que han aparecido sus contestaciones y mis artículos.

Y despues de todo esto que tan triste idea dá de su habilidad como de su amor propio vd., mi es-

timable amigo, echando como Breno todo el peso de su hidalguia en el debate, debia concluir con insultos sus *cartas quillotanas.*

No me ha dicho como el autor de ellas á Alberdi en el parasismo de su cólera - *callese y déjeme en paz so tal..... cuerpo y cara de conejo;* pero no por eso en sus amenazas ha gastado menos énfasis que Manolito Gasquez.

Descubre vd. en una frase palpitante, aunque inofensiva de mi artículo, la síntesis científica de su turbulenta idiosincrasia: ella es apenas una mosca de Milan pero que exalta su amor propio hasta el delirio—y aunque tiene sus alforjas repletas de *perdones,* toma de ella pretesto para rastrear como el riojano, la calumnia hasta en el terreno de la vida íntima.

Siente flaquear su conciencia ante el espectro de la infamia y retrocede á tiempo.

Recurre á las *tracasseries,* á las reticencias, como ya antes buscó en las *adivinanzas* con *prima* de un ejemplar de Nirvana el *parche de brea* con que manchar de *lodo federal* la serena frente de su noble adversario.

Desde el principio al fin corresponde á mi culta y mesurada cortesania, con el desden ostrogodo, cuando no con el veneno del aspid

Yo me he guardado bien de poner en duda un solo momento su honorabilibad.

Mis críticas se han dirijido todas á sus actos como periodista, como literato y hombre público, ó á lo que constituye y se relaciona con la vida pública,

Vd., en fuerza de no tener de que tomar represalia, dando al olvido sus propios preceptos de cultura y temperancia - ha ido hasta donde solo van los energúmenos de baja ralea - á poner en duda los móviles y la honradez de los hombres en sus actos públicos y privados—á sombrear con veladas y calumniosas reticencias su ilustracion y patriotismo y olvidando que yo solo soy el *poeta del estómago*

mo Hércules, preparo los materiales de la hoguera que debe consumir mis restos mortales.

Sea vd mi Filoctetes—préndale vd., fuego—pero no olvide que debe purificar el sacrificio con la antorcha de la verdad.

Si asi lo hace, merecerá vd. en recompensa ser el heredero de mis flechas.

Mas de lo que vd. cree interesa al pais el éxito de esta polémica.

Nada serian en ella su persona ni la mia, sus perfecciones ó mis yerros—sinó fuésemos uno y otro en este momento los representantes de dos escuelas distintas, que han estado siempre en pugna latente en mi patria como lo están aunque con matices diversos en todas las naciones del mundo.

Por que la política es una ciencia de evolucion, sujeta por lo mismo á leyes que la normalizan y conservan su morfologia estructural.

Las grandes organizaciones sociales no tienen un proceso evolutivo, distinto en América que en Europa, como en Europa no lo tienen distinto en Francia que en Inglaterra, en Suiza que en Rusia.

Por todas partes una misma ley, una misma lucha, matriz, jeneratriz de otras muchas luchas ó antinomias secundarias.

El espíritu conservador, con el espíritu revolucionario—el progreso apoyándose en la tradicion y transformando el pasado lentamente y sin estrépitos y el pregréso subversivo y demoledor, marchando con pica y gorro frijio vertijinosamente hácia el ideal.

En ninguna parte esta lucha está mas definida y caracterizada que en Inglaterra; que es de todas las naciones la mas avanzada en prácticas políticas.

Toris y wighs se dividen allí desde hace mas de tres cientos años, con una sorprendente regularidad dinamica la accion y los dominios de la política.

Toris y wighs ha habido y hay siempre en el fondo de nuestras luchas semibárbaras, que el fana-

tismo de las pasiones y la ignorancia han impedido hasta hoy reconocerse, embanderándose en propósitos fijos y definidos.

Vd. es el representante de la escuela wigh roja con todos sus deliquios con todos sus absolutismos ideológicos, con todas sus soberbias exajeraciones é intransigencias utópicas—yo en este instante creo serlo de la escuela Tory que sin defeccionar del progreso y de la libertad, aspira primero á hacer los desmontes y nivelar el terreno, para despues echar los durmientes que deben afianzar los rieles por donde ha de cruzar triunfante el majestuoso carro de las instituciones.

Es preciso que una ú otra dejen en andelante su preponderancia bien establecida, no solo en los dominios de la política, sinó en el dominio de las letras.

Sea, vd pues. mi implacable Fouquier Tinville.

Acabe de mostrar toda la celosa pequeñez de su alma—ó ajigántese confesando noblemente su sinrazon y su derrota.

De otro modo oportunamente tendré el honor de ser su Tallien: y talvez sea yo y no vd. quien tenga que ser *generoso y perdonar.*

Estoy resuelto, pero tambien resignado.

Acúseme peró no me insulte—por que no recojeré ni sus destemplanzas ni sus injurias.

La sociedad culta de nuestro pais está empachada de personalismo y no seré yo el que contribuya á agravar su mal.

Sea esa su única gloria en este debate.

Arguya hechos concretos, suministre pruebas pero huya de la reticencia calumniosa, que es solo el arma brutal de la barbarie.

No trepide. que sí soy vencido escribiré como Miguel Angel al pié de su estatua de la Noche «de está bien dormir para no contemplar su oprobio»

03484

Le saluda entre tanto con todos los honores de la guerra.

Su adversario —

ANGEL FLORO COSTA.

Buenos Aires, Enero de 1881 (1).

(1) En prensa ya este folleto, tuvimos que ausentarnos aprovechando la estacion de baños para Montevideo, razon por lo que ha demorado hasta hoy su publicacion.

989.505
C837p
E2